ANTONIO REY SOTO

CUENTO del LAR



MADRID.—LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO—ARENAL, 6



CUENTO DEL LAR

OBRAS DE ANTONIO REY SOTO

FALENAS (poesías). Agotada.

LA LÁGRIMA (poema). Traducción de Guerra Junqueiro.

NIDO DE ÁSPIDES (poemas).

REMANSOS DE PAZ: CAMPOS DE GUERRA (viajes).

DIVAGACIONES EN TORNO DE LA POESÍA (conferencia). Edición de la "Reunión de Artesanos de la Coruña".

AMOR QUE VENCE AL AMOR (poema dramático). Segunda edición.

LA LOBA (novela).

CUENTO DEL LAR (tragedia rústica).

ANTONIO REY SOTO

CUENTO DEL LAR

Tragedia rústica en cuatro actos, en prosa y verso, estrenada en el TEATRO ODEON, de Madrid, el día 7 de Marzo de 1918.

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

Calle del Arenal, 6.

1918

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

DEDICATORIA

Para ti, viejo ciego socarrón, requeridor y alegre, cuyas cuencas hundidas tienen aún un temblor pícaro de parpadeo, al decir los zumbantes donaires; y mejor, para tu capote remendado, del color que el sol y la lluvia dieron á los peñascos, sobre los calvos oteros; para tus zuecos resquebrajados, que anduvieron las hondas, húmedas y embalsamadas corredoiras y las agrias calzadas guijarrosas; para tu báculo ferrado, que fué ramo frondoso en un espeso robledal, y golpea, ahora, en tu mano, los portalones de las rectorales solitarias y de los pazos infanzones, de las ventas, en las carreteras, y de los rústicos casales, que humean entre los limoneros del ejido y el parral que da sombra al camino... Y, sobre todo, para tu negra, carcomida y desvencijada zanfoña, en cuyo roto teclado, bajo tus dedos enclavijados, aun se levanta y mueve el antiguo sonido, acordado á tu voz cascada, que va diciendo el viejo romance de amor, ó la historia de picardía, ó la olvidada gesta bárbara, ó el medroso cuento de maleficio... Y digo para ti y para todo lo tuyo, porque me parecéis la más clásica y genuina representación de mi tierra: la dulcísima Galicia...

ANTONIO REY SOTO.

En el Pazo y Torre de Villaseco,
Diciembre de 1917.

PERSONAJES

Albina	María Gámez.
La Meiga	Irene Alba.
Señora Andrea	María Santoncha.
Sabela	Concha Torres.
Mari-Juana	Encarnación Díaz.
Condesa	Carmen Muñoz.
Bermudo	Miguel Muñoz.
Tío Bértolo	Rafael Requena.
Amaro	Guillermo Mancha.
Conde	Alberto Contreras.
Blasillo	José Gil.
Silvestre	Nicolás Perchicot.
Montero	Ricardo Cuenca.

Nota.—El autor ruega con todo encarecimiento á cuantos actores hayan de representar esta obra, que no intenten, de ninguna suerte, simular el acento gallego, sino que hablen con el suyo propio, cualquiera que él sea. El ambiente de esta tragedia ha de derivarse, no más, de los giros y vocablos del lenguaje y de las acciones de sus personajes, sin olvidar, naturalmente, la indumentaria y la proiedad del decorado.

ACTO PRIMERO

Una cocina aldeana gallega. En el fondo, á la derecha, un poco levantada del suelo de tierra, la cuadrada piedra del hogar. Las llamas danzan bajo el vientre de un caldero que pende de los llares, y es como el badajo de la amplia campana, hollinosa y carcomida, que apara la humareda. Rodean el hogar anchos escaños de roble, tan denegridos y brillantes por el uso, que parecen de bronce pavonado. Relucen sobre la pared, en la espetera, las chatas sartenes de hierro y los peroles, semejantes á antiguos bacinetes marciales, de cobre. Al lado, el vasar con las gruesas copas de vidrio tallado, y, sobre un largo alzadero, los platos floreados, las tazas, las jarras y las fuentes vidriadas. Reposando en las trébedes rústicas de madera, la olla del agua de beber, de barro cocido, armoniosamente curvada como un ánfora. En un rincón del hogar, lejos del fuego, hay, de mayor á menor, tres ó cuatro potes de hierro fundido. Del techo, bajo, de viguetas espesas y ahumadas, penden ristras de chorizos y morcillas, lacones y tocinos, y grandes pellas de manteca sostenidas por redes de mimbres. Pegado á la pared de la derecha está un viejo arcón, y en la de la izquierda se abre una profunda alacena. Al extremo izquierdo del fondo hay una puerta que comunica con el interior de la casa. Y existen, además, puertas laterales. La de la derecha da al corral,

en donde están el pajar y las cuadras; la de la izquierda, al camino. Es de noche. Un candilón, que humea largamente, clavado en una grieta de la pared, ayuda á esclarecer la escena.

Todo este interior aldeano y rústico trasciende á paz, á confortadora intimidad geórgica. Ha de ser como una viñeta, que evoque los regocijados é interminables yantares festeros del verano y las recogidas veladas de invierno, al lado de la lumbre, escuchando cuentos temerosos.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA ANDREA y MARI-JUANA.

MARI-JUANA

En cuclillas, atiza el fuego debajo del caldero.

¿No arrimo, entonces, el pote del caldo?

SEÑORA ANDREA

No; no lo arrimes por ahora. Tanto pudiera hervir, que se espesara y se recocieran las berzas, antes de que torne Amaro... Tú, y quizás él, nada más, habréis de tomarlo... ¡Procura, procura sólo la comida de los animales!

MARI-JUANA

Sentándose en el escaño frontero á la señora Andrea, aproxima un cesto con patatas y coles y comienza á cortarlas con una gran navaja de mango de madera. Va echando los pedazos en el caldero.

¿Y luego usted no cuenta cenar esta noche?

SEÑORA ANDREA

Beberé un cuenco de leche no más... Cosa de masticar no podría pasarla.

MARI-JUANA

¿Ni tan siquiera un bocado del tocino con hebra, tan rico, que quedó al yantar en el fondo del pote?

SEÑORA ANDREA

Ni tan siquiera eso, mujer; ni tan siquiera eso... Amarga y seca tengo la boca con el receloso pensar... ¡Sólo atravesaré algo bebido!

MARI-JUANA

No es milagro, entonces, que la señora Sabela —mi ama—no cate, ni el agua de la fuente, des-

de ayer por la noche... Y eso por más que bien se lo rogaron usted y el mi amo, el señor Amaro... ¡Que bien considerado, si el rapaz fenece y es nieto de usted, es... hijo de ella!

SEÑORA ANDREA

¿Fenecer mi nieteciño, Mari-Juana?... ¡No tornes á mentarlo si cuentas parar en la casa!... ¡Jesús!... Eso ni se ha de pasar por el pensamiento.

MARI-JUANA

Pues tiene de disimularlo, que fué un hablar por no estar callada.

SEÑORA ANDREA

Y aun cuidarías haber razón en tu discurso; y no es así, que nadie sabe quién quiere más á los pequeños, si los abuelos ó los padres.

MARI-JUANA

¡Yo tuve sólo un padre y una madre, mas abuelos hube cuatro!

SEÑORA ANDREA

¡Cuatro corazones á te querer, como dos veces padres tuyos!

MARI-JUANA

Tocarían á menos...

SEÑORA ANDREA

En el cariño que tú les dieses, que era lo que había de ser repartido... ¡Mira cuánto querríante ellos, que dándote cada cual su amor entero, contentábase con que le devolvieses tú una cuarta parte del tuyo!... ¡Amor que no pide lo mismo que da, ése solo es grande y verdadero amor!

Su voz se apaga en una pausa emocionada. Mari-Juana sigue en su faena de colmar de hortalizas el caldero.

¡Anda, échame acá la rueca y el huso!... Mientras se mueven los dedos trabajando, parece que se aquieta más el ánima sobre aquellas cosas que nos hacen bien ó nos hacen mal... Cuando yo era moza, nunca tenía al Mingos, al que después fué mi marido, más cerca de mí, que cuando me ponía, sola, á coser... Ahora, hilando, pensaré, con un ansia semejante á aquélla, en la salud de mi nieteciño... ¡A ver si la logro, como logré aquel amor tan suspirado!

MARI-JUANA

Entregándole la rueca.

¡Cosa esperada, medio lograda!... Ya estoy

yo viendo, también, al rapaz, de pie, fortalecido y rijo, tal que un luciente renuevo de castaño!... ¡Linda cosa es la esperanza!

SEÑORA ANDREA

Linda cosa, de veras. Por ella, sólo, es comportable la vejez. Que somos los viejos quienes más esperanzas tenemos... ¡Y esperamos siempre acaecimientos de ventura!... Aconteciéronnos tantas cosas malas en la larga vida, que cuidamos que, alguna vez, han de ocurrir, al fin, las buenas... Es como cuando se juega á la brisca: piérdense tres partidos, pues bien se puede apostar algo más porque se ganará el cuarto.

MARI-JUANA

Aunque también yo vi al tío Bértolo perder cuatro, arreo, el día del magosto.

SEÑORA ANDREA

Pero él esperaría más el ganar cuando jugó el postrero.

ESCENA II

Dichos y TÍO BÉRTOLO.

Levantan, sin llamar, la aldabilla de la puerta del camino, y forcejean con ella, que, mal encajada, se resiste, y al fin se abre.

Entra Tío Bértolo, sacudiendo la capa de larga esclavina, salpicada de lluvia.

TÍO BÉRTOLO

¡Santas y buenas noches nos dé Dios y la Virgen!

SEÑORA ANDREA

¡Que ellos le acompañen y con usted entren!

MARI-JUANA

¡Amén!... ¡Mienta al lobo señalero,
y hacharásle en el sendero,
y en su boca el tu cordero!...

TÍO BÉRTOLO

¡Birrr!... ¡Noche de lobos está, á fe mía!... ¿Mas ú quiéresme decir que os lembrábais de mí?

SEÑORA ANDREA

Remembraba Mari-Juana que usted perdiera cuatro partidas de brisca, arreo, el día de la magostada.

TÍO BÉRTOLO

¡Quien más perdió más cerca está de ganar!

SEÑORA ANDREA

Es lo que yo aventuraba.

ESCENA III

Dichos y SABELA.

SABELA

Sale por la puerta del fondo, toda despeinada y con los ojos hinchados de llorar. Su voz es profundamente dolorida, y sus ademanes cansados.

Cuidé, al entrar usted, que era Amaro, que tor-

naba con el señor Silvestre, el sangrador de Vilobre.

TÍO BÉRTOLO

¿Entonces va á peor el rapaz?

SABELA

¡Malpocado!... Arde, tal que una piedra al sol, por el mes de Agosto... ¡Y los ojos son como dos luces azules en la obscuridad!... Llévase súbito las manos á la cabeza, y gime y rechina la dentadura...

TÍO BÉRTOLO

¿Mas no perdería el conocimiento?

SABELA

Eso pienso que no, pues díceme, á las veces: ¡mi madre! cuando lo beso...

TÍO BÉRTOLO

¡Los hijos nacidos,
los gustos huídos!

¡Para los criar,
azacanear!...
¡Luego de criados,
pesares doblados!...

SABELA

Criara yo los míos, y lograra verlos altos y fuertes entre los de su tiempo, tal que los pinos sobre los piornos, y ¡más que anduviese arrastro como las sabandijas toda la vida!... ¡Pero también moriráse éste, cual se murieron los otros cuatro pobriños, sus hermanos!...

Enjuga con el pico del mandil las lágrimas abundantes y silenciosas.

SEÑORA ANDREA

¡Ganas de acrecer la pena con el recuerdo de los muertos!... Quiébrase un jarro, y en un pedazo que quede, lleno de tierra, siémbranse albahacas y miramelindos, y hay alegría en Mayo, á la ventana. Muérese un animal, y entiérrasele en la huerta, al pie del limonero, y después, cuando vemos el árbol reverdecido y aromando, todo blanco de flor, en la primavera, complacémonos con el risueño comento: ¡Bien le presta en las raíces la Marela ó el Pistón! pongo por caso. Y así acontece, que nos siguen haciendo compaña

la vaca enferma ó el perro viejo... Sólo cuando fenecen los cristianos no atinamos á sacar nunca una alegría de su acabamiento... ¡Poca cristiandad es esa!... Yo quiero ahora pensar que más dichosos son mis nieteciños muertos que no nosotros. En sillas de oro, con mantos y coronas, están sentados junto á Dios Nuestro Señor y de su Madre Santa María... ¡Y cuando nos llamen á Juicio han de pedir por nós!... Yo véolos, tal que aquellos santos que están en el Pórtico de la Catedral de Santiago, rodeando á Nuestro Señor, tocando en las zanfonías...

TÍO BÉRTOLO

Con leve risa socarrona.

¡Pero aquéllos son viejos, como yo!... ¡Más viejos que yo, señora Andrea! ¡Y sus nietos eran todos mamones!

MARI-JUANA

En un cándido deslumbramiento.

Con los años haránse los pequeños viejos también, de barbas luengas, y blancas y rizosas...

SABELA

Mansamente irritada.

¡No se ría, tío Bértolo; no se ría de nuestra

cuita!... ¡No se ría, por Dios!... ¡Yo no me acierto á consolar cual se consuela mi madre!... ¡No puedo!... ¡Perder cuatro hijos como cuatro soles, nacidos gordos, rijos y colorados, como otros no hubo!... ¡Y ahora éste, ya medio criado!

Se mete sollozando en la habitación del hijo.

ESCENA IV

Dichos, menos SABELA.

TÍO BÉRTOLO

Yendo á sentarse frontero á la señora Andrea, al lado de Mari-Juana.

Cierto que mismamente parece que tienen fadados los hijos el Amaro, y más la Sabela.

SEÑORA ANDREA

No creo yo en fadas ni en cosa de maleficio, á Dios gracias, señor Bértolo, que me enseñó á tenerlo por cargo de conciencia mi tío el arcipreste de Casal do Mato, en cuya casa me crié. Mas pondero que á muy grande prueba somete-

los Dios, no dejándoles lograr un hijo, en diez años que llevan de casados... ¡Y no es menor mi pena que la suya!... ¡Cinco rapaces hubieron! ¡Cinco varones, que berreaban y coceaban llenos de vida, al nacer, sobre mis rodillas!...

Con voz de ensueño.

¡Cinco casales que se fundarían en redor de esta casa!... ¡Cinco ramas cargadas de fruto y salidas de un solo tronco!... ¡Y en ese tronco era yo una gruesa raíz!...

TÍO BÉRTOLO

Con sorna, mientras lía un cigarrillo.

Pues, crea en ellas ó no, brujas háilas; y con el espíritu malo se entienden y ajuntan á sus horas... También cristiano soy yo, no despreciando, y cosas vi y veo, que sólo una mala fada puede procurar.

MARI-JUANA

Con un temblor en la clara voz requeridora.

Dicen que van á los campos de Sevilla todos los sábados, y que danzan en redor de un castrón negro...

SEÑORA ANDREA

Interrumpiéndola con ímpetu.

¡Dicen que atices el caldero de los puercos y que no alces tajada de esta fuente!

TÍO BÉRTOLO

Después de un silencio en que mira y remira la lumbre del pitillo.

Pues cosa natural no le es, señora Andrea, ésta de no ver ir para riba un rapaz el matrimonio... ¡Y enclenques no nacen, ni de padres enfermos vienen!

SEÑORA ANDREA

Ganosa de acabar la conversación.

¡Dios es el que dispone!... ¡Él solo es quien manda!

ESCENA V

Dichos y AMARO; después SABELA.

La puerta del camino es empujada violentamente y entra Amaro, cansado, trasudado, cubierto de lodo. Deja la moca—la gruesa porra de tojo,—en una esquina y, arrojando el sombrero sobre el escaño, se enjuga la frente con las manos.

AMARO

¡Cuando las cosas dan en se torcer!

SEÑORA ANDREA

¿Luego no atopaste al sangrador?

AMARO

¡Como si lo tuviese tragado la tierra!... ¡Hasta más allá de Trasalva llegué procurándolo! ¡Hasta el mismo mesón de Puente Lobera!... ¡Y torné por Fontefría, todo á la vera del río, adonde diéranme razón de que iba á consultar unos bueyes que están adolecidos! ¡Por todas partes levanté voces de que venga por acá!

TÍO BÉRTOLO

¡Luenga y penosa jornada!

SEÑORA ANDREA

Pausadamente, como en un aparte.

¡Estará borracho en algún pajar!... ¡Mejor fuera llamar a don Indalecio, el médico de Santa Olalla de Ourantes!



AMARO

Con indignación.

¡Para que me mate éste, tal que me mató los otros!... ¡No vuelva á decirme eso, mi madre!

SEÑORA ANDREA

¡Sea todo por Dios!... ¡Todo sea por Él!...

AMARO

Encarándose con Sabela, que habrá salido al oir la voz de su marido y se quedó parada en el vano de la puerta, escuchando en silencio todo el diálogo.

¿Cómo está ahora?

SABELA

Si no es peor, lo mismo.

AMARO

Pasándose las manos por la frente.

¡Dios nos valga ó... nos acabe á todos!

Entra en la habitación del enfermo, seguido de su mujer.

SEÑORA ANDREA

¡Que se digne nos amparar á todos!

TÍO BÉRTOLO

Y que enfrene los espíritus de nequicia, que andan en soltura, igual que los potros bravos de la Gándara.

MARI-JUANA

En un manso y asombrado decir.

¡Amén...! ¡Amén!

TÍO BÉRTOLO

Levantándose y dirigiéndose igualmente al interior.

Entraré yo también á verlo..., que algo de enfermedades de personas también alcanzo.

SEÑORA ANDREA

Pues éntre, éntre, y que Nuestra Señora de las Candelas le esclarezca su mal.

TÍO BÉRTOLO

Si así fuese, bien vería; no hay duda.

Entra en el cuarto.

ESCENA VI

SEÑORA ANDREA y MARI-JUANA.

SEÑORA ANDREA

¡Atiza, atiza, vivo, que ya van siendo horas de acomodar la hacienda...! Y cuando te llegues al

establo, cuida de ordeñar la *Gallarda*. Ya la becerra no necesita mamar abondo.

MARI-JUANA

En una ponderativa admiración, después de atizar el pote.

¡No, si por usted no fuera, hasta se olvidaran de los animales...! ¡Nunca otra se vió...! ¡Y cómo codiciara yo haber un juicio semejante al suyo...! ¡Mejor dote no precisara!

SEÑORA ANDREA

Sí, Mari-Juana, parece que estoy en todo, y, sin embargo, sólo es por fuera... ¡La procesión anda por dentro, á dar vueltas, sin parar, en redor de su lecho!

Señalando al interior.

¡Y ya se me va cansando la cabeza!

La dobla tristemente sobre el pecho, sumido.

ESCENA VII

SEÑORA ANDREA, MARI-JUANA y AMARO; después TÍO BÉRTOLO y SABELA.

AMARO

Todo desencajado y fuera de sí, sale de la habitación del enfermo y viene á sentarse en el escaño, cerca de su madre. Se mesa los cabellos.

¡Ya no me conoce...! ¡Ni tan siquiera me atiende...! ¡También éste...! ¡También éste!

Levanta la cabeza, frenética, cara al cielo, en un gesto de inconsciente reproche.

¡Dios...! ¡Dios!

SEÑORA ANDREA

¡No mientes así al Señor, mi hijo, que es desafiarlo, y aplastarnos á todos puede, sólo con mover la diestra!

AMARO

Volviéndose airado hacia la anciana, va á proferir algo durísimo, pero un súbito respeto le contiene y sólo logra articular con sorda y estúpida voz.

¡Mi... madre...! ¡Mi... madre...!

SEÑORA ANDREA

¡A mí puédesme decir todo, mi hijo...! ¡Dime, dime todo, que no he de erguir mi brazo si no es para te bendecir!

Amaro solloza con la cabeza entre las manos.

TÍO BÉRTOLO

Saliendo seguido de Sabela, que vuelve á quedarse en el quicio de la puerta.

¡Mas el rapaz no va á peor...! ¡Yo pienso que sólo está dormido!

AMARO

Levantando vivamente la cabeza, ávida de esperanzas.

¿Piénsalo de verdad...? ¿No me engaña, tío Bértolo?

TÍO BÉRTOLO

Viniendo á sentarse en su sitio; pausadamente.

¡Créolo tan firmemente como que ese candil nos está alumbrando...! ¡Ronca entre sueños...! Y eso servirle ha de salud...! ¡Nada hay que repare tanto como un sueño dulce...! ¡Pero Dios ante todo, y más su Madre Santa María; sin olvidarnos de los Santos!

SABELA

¡Ofertas á los Santos y á Santa María hemos hecho de abondo...! ¡A San Mamés iré yo con la caja del hijo, si sana, para colgarla en la pared de su santa capilla...! ¡Y él portará la mortaja que había de comer la tierra...! ¡Y he de dejar tanta cera cuanto él pese...!

SEÑORA ANDREA

¡Y yo tengo de ir á Nuestra Señora del Monte Medo, en quien he toda mi confianza...! ¡En redor del Santuario andaré de rodillas arrastro, aunque sólo sea media vuelta...! ¡Hasta que más ya no pueda...! ¡Ella sólo lo ha de sanar!

TÍO BÉRTOLO

¿Por qué no lo ofrecéis al Cristo de Orense,

que es abogado contra los embrujados...? ¡Y hacer desconjurar la casa! ¡Eso es...! ¡Yo llamaría al señor abad de Santa Comba de Lobanes para que me desconjurase la casa!

AMARO

¿Luego, entonces, usted cree de veras...?

SEÑORA ANDREA

Atajándole.

¡Ya la casa está bendita desde la Pascua por nuestro señor abad!

TÍO BÉRTOLO

¡No le hace!

A Amaro.

¡Brujas háilas; aunque no quiera creerlo tu madre...! Vamos á ver: ¿no las desconjura el señor abad de Santa Comba de Lobanes?

SEÑORA ANDREA

¡Pobres viejas como yo!

TÍO BÉRTOLO

¡Por más que usted sea vieja, más vieja que un roble de los del atrio de la iglesia, nadie ha de pensar que usted es de la cofradía...!

AMARO

Sombríamente.

¡Si esto fuese obra de alguna... entre los brazos del mismo enemigo malo habíamelas de pagar!

ESCENA VIII

Dichos y LA MEIGA.

Dan unos recios golpes en la puerta del camino.

AMARO

¡Adelante quien sea!

LA MEIGA

Entra, encorvada bajo su joroba y su alforja, harapienta y recosida. Se apoya en un alto bordón ferrado.

¡Dios éntre aquí!... ¡Alabado sea Dios!

Se detiene un instante, fatigada.

MARI-JUANA

¡Por siempre alabado y bendito!

Amaro y Bértolo responden con sendos gruñidos. Sabela calla.

SEÑORA ANDREA

¡Pase, señora Dominga, pase!

LA MEIGA

Adelanta hacia el hogar y pone la cara más alegre que puede, para hacerse agradable.

¡Alabado sea nuestro Amo, que nos donó la lumbre, que fué como nos donar un pedazo de

su vestidura, que es el sol, con que nos temperar en la noche fría!... ¡En viéndola todo corazón se alegra y se conforta!

Extiende las manos al calor de la lumbre.

TÍO BÉRTOLO

Después de cruzar una mirada significativa con Amaro.

¿Entonces va á peor la noche?

LA MEIGA

Revolviéndose, llena de risa, á contestarle.

¡Nada de eso!... ¡Va cada vez á mejor!... ¡Linda noche, á mi fe!

TÍO BÉRTOLO

Repitiendo la seña á Amaro.

¿Usted qué dice? ¿Linda noche ésta?

LA MEIGA

Batiendo en el suelo con el cuento del bordón; riendo con redoblada jocundez.

¡Mismo le es de las tres *bes*, como dice el cojo de Santa Baya de Quintela!... ¡Las tres *bes!*

TÍO BÉRTOLO

¡Nunca oí mentarlas!

LA MEIGA

¡Pues catarlas bien las tiene catado! ¡Brasas! ¡baraja!... ¡y bota! Diga, ¿no son tres *bes?*... ¡Linda noche ésta para ellas!... Aunque yo, más que la baraja, codiciaría un cuenquiño del caldo de esta casa, bien hervido y bien colmado.

MARI-JUANA

Que la ha oído con una clara sonrisa de contento.

¡Con buen donaire lo procura!

AMARO

Ásperamente; con mirada torcida.

¡Tome, tome la puerta del pajar, que ya sabe los andares, si es que hace cuenta de posar aquí esta noche!

LA MEIGA

Sorprendida por el desabrimiento inesperado.

¿Sin un consuelo para el cuerpo?

AMARO

¿Tenémoslo nosotros para el ánima?

LA MEIGA

Mirando á todos; buscando una sonrisa animadora en ellos.

¡Donde no hay muerte no hay mala suerte!... ¡Cuentos traigo de sazón y de gusto!... ¡Si les contara lo que pasó cuarta feria en los molinos de la Martinga!... ¡Brava hija tiene el Chasco, el molinero!...

SEÑORA ANDREA

No holgamos hoy de saber historias... ¡Tenemos el nietiño enfermo!

LA MEIGA

¡Siete vidas tienen los rapaces, como los gatos!... A más que á éste puedo yo decirle la oración de Santa Apolonia!

TÍO BÉRTOLO

Con un gesto rápido de protesta.

¡No! ¡No diga oraciones ningunas!... ¡Aquí sólo

queremos las del señor abad, que es quien tiene poder de decirlas!

AMARO

Con ira ya; levantando la voz.

¡Díjele que largase cara al pajar!... ¡Al pajar ó al camino!

LA MEIGA

Pasando, temblorosa, ante el brazo tendido de Amaro.

¡Vaya, hombre; buenos modos tiénesme de escarnecer!... ¡No enseña eso el señor abad!... ¡Miembros de Nuestro Señor, llámanos á los cuitados que corremos los caminos, sin casa ni brasa!... ¡No te lo tomen en cuenta el los maltratar!...

AMARO

Impetuosamente, presto á caer sobre ella.

¡Bruja de los infiernos!

SEÑORA ANDREA

Como que se levanta, con viveza, á detenerle.

¡Ten caridad, Amaro!... ¡Ten modo!

Después, mientras Amaro refunfuña, cayendo sobre el escaño, se dirige á la Meiga, que se vuelve, al trasponer la puerta del corral, con cara de espanto, de rencor y de pavor.

¡Yo cuidaré que le lleve, después, la Mari-Juana cosa caliente: un sorbo de la misma leche que yo he de beber!

LA MEIGA

Saliendo.

¡Centuplicado lo atope delante de Nuestro Señor!...

Cuando ya ha salido, con un gran suspiro.

¡Él me acorra!

TÍO BÉRTOLO

Con ira, al punto de oirla.

¡A todos!... ¡A todos!... ¿Pues no pide para sí sola?

Después, volviéndose á Amaro.

¡Culpa es vuestra, de recibir á esta familia!... ¡Sobre todo á ésta, á la Meiga!

SEÑORA ANDREA

Irónicamente.

¿Y qué tacha le pone, entonces, tío Bértolo?

TÍO BÉRTOLO

Con un íntimo y profundo convencimiento.

¡Qué negra facha tiene, y encorvada camina, y tremante, tal que si fuese azuzando los canes de todas las desgracias!

SEÑORA ANDREA

Falta de cristiandad es pensar de esa suerte.

TÍO BÉRTOLO

Sobra de verdad son las cosas que vieron estos ojos, y las que oyeron estos oídos que han de apacentar á los gusanos. ¡Adonde vaya posar la Meiga, la desgracia es segura!... Acuérdola yo á dormir en el pajar de Jenaro del Sistín, y el pajar quemóse una noche, tan súbito como si fuese una madama de pólvora; luego fué á parar en el Pazo de Orbán, y dieron en fenecer allí todas las cabezas de ganado... ¡Y al hijo de Benito del Val aplastólo, al volver del monte, el carro del tojo, luego que ella posó en su casa una noche...!

MARI-JUANA

¡San Silvestre nos ampare!... ¡Meigas fuera!... ¡Meigas fuera!

SEÑORA ANDREA

Todo pasaría lo mismo, aunque señora Dominga no hubiese.

TÍO BÉRTOLO

Por lo que á mí toca, no consintiera yo que en mi casa aposase, aunque harto me lo pagaran, á fe mía... Porque no es sólo lo que dije, cuanto me espanta en esta poseída...

SEÑORA ANDREA

¡Ved cómo nadie tiene más fama que aquella que le quieren dar!

TÍO BÉRTOLO

Pausadamente, como si repasase la memoria.

Siempre que la veo, no puedo menos de lembrar cierto lastimoso romance, que deprendí de mi abuelo... Es historia adolorida y amarga á lo sumo... Y en ella menciónase una bruja excomul-

gada, causante de toda la malaventura, y de quien es ésta otra estampa viva... Yo créome, como me nombran Bértolo, que hasta debe ser la misma... No soy mozo, por mi mal, y cuido que, desde que lo era, conocíla así... como ahora la veis... Rapaz no muy criado era yo, y ya le huía, avistándola de lejos, en el monte, donde guardaba el ganado...

SEÑORA ANDREA

¡Cuánto hace cavilar la aprensión!... La tía Dominga puede que hasta sea de mi tiempo...

TÍO BÉRTOLO

¡Jurara que es del del romance!... ¡Debe de ser una cosa eterna!

MARI-JUANA

Brillantes los ojos de curiosidad, el cuello tendido, el codo en las rodillas, la mejilla en la mano.

¿Y dice que deprendió el romance?

TÍO BÉRTOLO

Y no lo olvidaré, hasta tanto que no me acuesten en jergón de tierra.

MARI-JUANA

Placer harto fuera oirlo...

TÍO BÉRTOLO

Si la señora Andrea no lo lleva á mal, con placer harto, también, yo lo contara... Así adepren-deríais á conocer á estas descomulgadas poseídas del enemigo malo y á precaver sus malas artes.

SEÑORA ANDREA

No por eso, señor Bértolo, no por eso; más por nos aliviar la carga del tiempo, mientras no viene el sangrador... ¡Veremos si el romance tiene poder para tanto!

TÍO BÉRTOLO

De eso respondo que sí... Ahora veréis...

Carraspea y da unas chupadas al pitillo.

MARI-JUANA

Tomando una cómoda postura.

¡Ay!... ¡A ver!... ¡Cuente, cuente, por Dios!... ¡Huy!

Se escalofría deliciosamente.

TÍO BÉRTOLO

Con pausada unción, como si estuviese viendo lo que dice.

Pues decía así mi abuelo:

La labradora es fermosa
cual otra Dios no crió,
sobre toda fermosura
y toda ponderación.
La leñadora es fermosa
y ha tres días que casó...
Mucho el leñador la ama
y ama ella al leñador,
que es rubio, fuerte y alegre
como á la mañana el sol...
La humildad de su cabaña
no la trocaría él, no,
por la silla y el palacio
de Carlo el emperador...

Acaba de caer, en esto, el telón, lentamente, mientras la escena se va llenando de sombra.

ACTO SEGUNDO

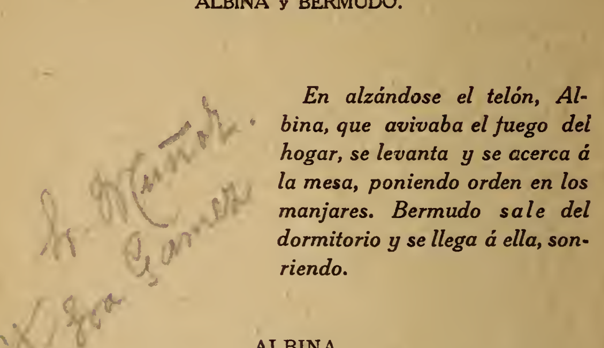
Interior de una cabaña de leñadores en la Edad Media. Al fondo, por la puerta abierta, se ve la espesura vernal del bosque. En la mate y húmeda claridad del alba, las frondas están quietas y mudas, como si esperasen la súbita aparición del sol.

En el hogar, arrimadas á la lumbre viva, hay unas toscas vasijas de barro. Hacia el centro de la escena, una mesilla de madera con rústicos manjares: frutas en platos de madera, pellas de mantequilla sobre hojas de col y potecillos con nata y miel. Distribuídos al azar, toscos asientos y taburetes de roble. Los manojos de hierbas aromáticas que penden del techo, las astas de ciervo y de venado y las pieles que adornan las paredes, los leños acumulados cerca del hogar, la antigua rueca y las hachas afiladas de distintos tamaños que hay en un rincón, entre otros aperos agrícolas, pronuncian el ambiente del interior humilde.

En la pared de la derecha, se abre una puerta, que se supone comunica con el dormitorio de la cabaña.

ESCENA PRIMERA

ALBINA y BERMUDO.



En alzándose el telón, Albina, que avivaba el fuego del hogar, se levanta y se acerca á la mesa, poniendo orden en los manjares. Bermudo sale del dormitorio y se llega á ella, sonriendo.

ALBINA

Presentándole el cacharrito de la nata.

Diga, mi marido, diga
qué desayuno prefier.
¿Gusta probar de esta nata
como espuma?

BERMUDO

Probaré
algo más blanco y suave.

ALBINA

¿Más blanco y suave?

BERMUDO

¿Pues no es
así esta mano?

Cogiéndole una y besándosela.

ALBINA

¿De veras?

BERMUDO

¡Tal jurara!

ALBINA

Acariciándole fugitivamente las sienes, con una clara risa de felicidad, se aparta y continúa ofreciéndole el desayuno.

Es ofender
á Dios jurar con mentira...
¿Y estas manzanas?... ¡Qué bien
huelen!... Aún del rocío
tienen cubierta la piel...
¿Una?

BERMUDO

Todo ojos para mirarla á ella.

Más bermeja es
tu cara; con más aroma
y más pureza...

ALBINA

Con redoblada alegría.

¿También
les hago ventaja?

BERMUDO

En todo
ventaja á todo le hacéis...

ALBINA

Deliciosamente ingenua y coquetuela.

¿Y á esta miel tan dulce y rubia?

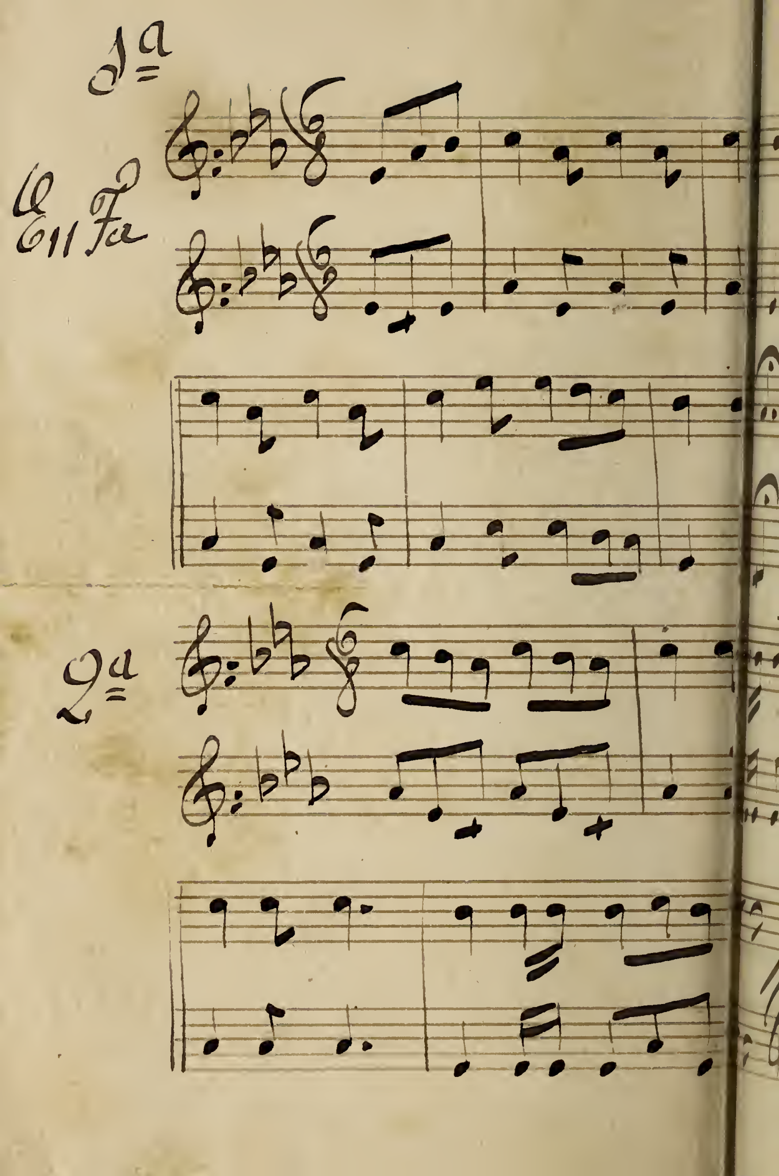
BERMUDO

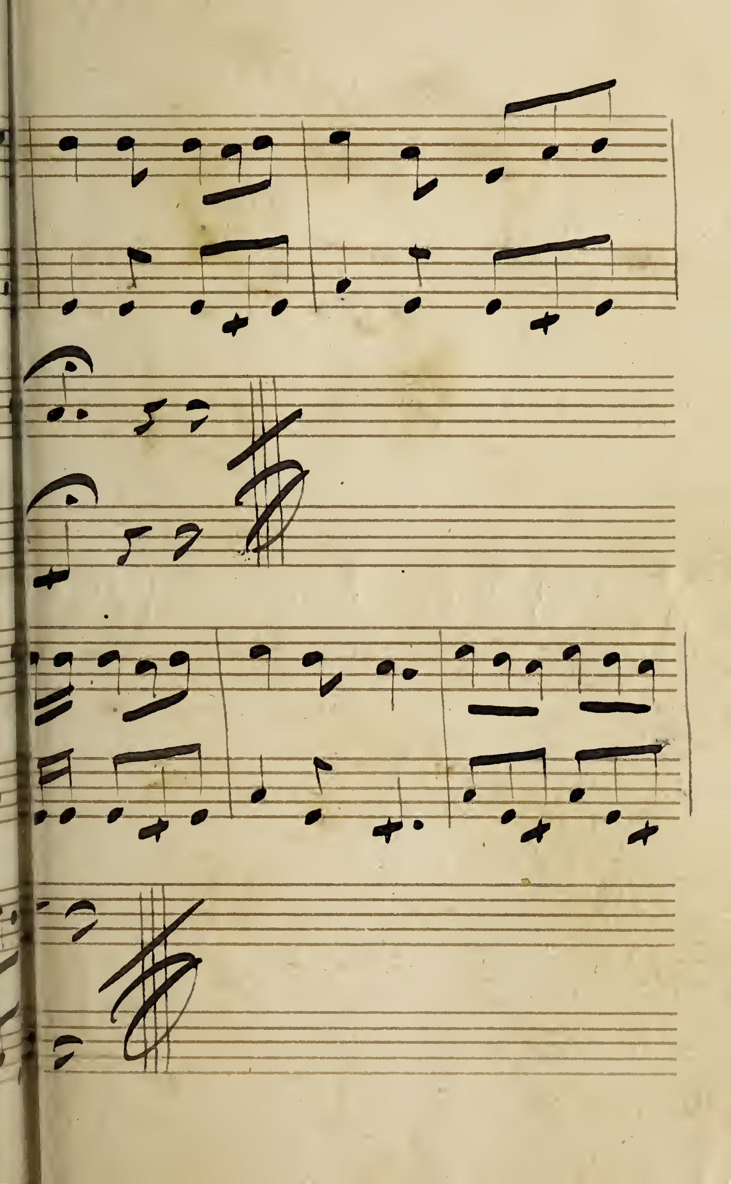
Y á esa rubia y dulce miel,
que es agria junto á tu boca
y obscura cuando se ve
luego de mirar tus trenzas...

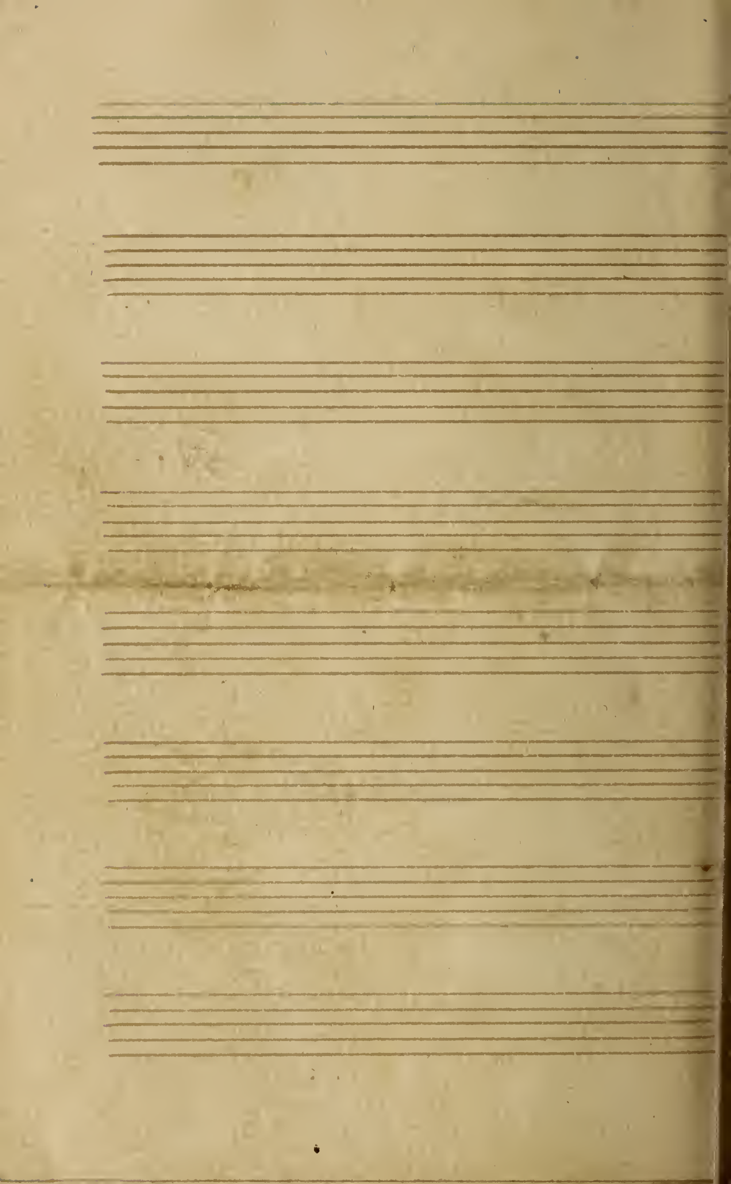
Trompas, 1ª y 2ª

Cuento del Lar =

= Banda =


1a
Allo Fa
2a





ALBINA

Apoyándose en el hombro de él, con una mimosa voz de niña.

¡Tómame, marido, pues,
si soy lo mejor!...

BERMUDO

Después de una pausa en que excogita la galantería. Con énfasis naturalísimo.

Tomarte
nunca más ya no podré.

ALBINA

¿Cómo nunca más?

BERMUDO

Es claro.
Se toma aquello que es
fuera de uno, y tú, aquí, dentro,

Golpeándose el pecho.

estás desde aquella vez
que te tropecé en el bosque...
¿Recuerdas?

ALBINA

En un exquisito juego amoroso.

No...

BERMUDO

¿Puede ser
verdad tal cosa?

ALBINA

Sí..., lo es...
Se recuerda lo olvidado,
y eso yo nunca olvidé.

BERMUDO

Balbuceando su emoción, la toma de las manos.

¡Albina!... ¡Albina!

ALBINA

¡Bermudo!

Es un minuto silencioso, único.

BERMUDO

Despertando del arrobo, dejando caer las manos amadas, con amarga voz.

¿Quién lograra detener
así el tiempo?

ALBINA

¿Luego al bosque
tornas hoy?

BERMUDO

Con melancolía. Después su palabra se va apasionando y encendiendo.

Ya no podré
pasar sin ir... ¡Casadita,
casadita de anteayer,
con el leñador del conde,
del buen conde del Caurel,
hoy ya te has de quedar sola,
que tu esposo ha gran quehacer...
¡Las cocinas del castillo
son muy grandes y arden bien,
de la mañana á la noche,
de queda al amanecer...

....

Leñadora, leñadora
del gran conde del Caurel,
barre y limpia tu cabaña
y prepara de comer,
y tiende sobre la mesa
blanco y oliente el mantel,
que tu marido ya viene
muertecito de hambre y sed...
¡Hambriento de tus caricias,
y sediento de beber
en tu boca sin saciarse!...

ALBINA

El conde no tiene, á fe,
entre todos sus juglares
—que diz que trovan tan bien
lances de guerras y amores—
quien te arrebate la prez
en decir bellos decires...

BERMUDO

Porque carecen también
de un librito que yo tengo,
y en donde suelo leer
cuanto digo.

ALBINA

Con gran curiosidad.

¿Un libro tienes?

BERMUDO

Cual otro nadie posee.
¡Es un milagro de Dios!
¿Quieres verlo?

ALBINA

¡Sí!... ¡Sí!

BERMUDO

¡Ven
que te lo muestre!

Tomando una barreña y llenándola de agua se la aproxima.

ALBINA

Mirándose en el fondo.

¡Mi cara!

BERMUDO

¿Puede otro más bello haber?

ALBINA

Llena de una serena y honda. emoción.

¡Qué bueno eres, Bermudo!

BERMUDO

Soy dichoso sólo... ¿A qué
vendría ser malo?

ALBINA

Es cierto.

BERMUDO

Y tanto, que alguna vez
he discurrido que Dios
la suprema bondad es,
porque tiene cuanto quiere,
y, en cambio, por carecer
de todo, el demonio es malo...

ALBINA

Tornando á prenderse del hombro de él; con una inmensa ternura.

No, Bermudo: di más bien
que es porque no puede amar...

BERMUDO

Después de una pausa en que parece considerarlo.

¡Sí, Albina!... ¡Sí! ¡Sí!

ALBINA

¿Lo crees?

BERMUDO

¡Creo que fuera un infierno
sin el amor el edén!

ESCENA II

Dichos y LA MEIGA.

LA MEIGA

Se acerca á la puerta batiendo el umbral con el cuento del báculo y entonando la antigua salmodia.

¡Por Don Jesucristo, mi hermano mayor,
que en Jerusalem
su sangre y sudor
dió por nuestro bien;
por Santa María,
que tiene espadado su pecho también,
y como una rosa bermeja, de olor,
que resplandecía,
diónos en Belem

á Nuestro Señor...
¡Salud y Alegría
espanten, entrando, Pesar y Dolor!

ALBINA

¡Así sea!

BERMUDO

¡Amén!

LA MEIGA

¿No le harán á la anciana
un bien de caridad?

ALBINA

Pase adelante, hermana.

BERMUDO

Ofreciéndole un taburete, lejos de la mesa.

Llegad y aquí os sentad,
y que nuestra humildad
os sirva de consuelo.

LA MEIGA

¡Viváis por luengos años!... ¡Que el Señor en el cielo
ciento por uno os done!...

BERMUDO

¡Ya nos dió adelantada
de ésta y de la otra vida toda nuestra soldada!

LA MEIGA

¿Gran dicha habéis, entonces?

BERMUDO

¡Sin sombra ni lunar!

LA MEIGA

Pues que Dios os la aumente.

BERMUDO

¡Si es que puede aumentar!

LA MEIGA

Después de mirarlos atentamente, reconociéndolos.

¡Ya caigo! ¿Sois Albina y Bermudo?

ALBINA

¡Acertasteis!

LA MEIGA

Dijéronme que sólo ha tres días casasteis.

BERMUDO

¡Tres días, no; tres horas!

ALBINA

Cambiando una mirada ruborosa con el marido.

¡A lo sumo!

LA MEIGA

En verdad,
como soplos los días para la felicidad
deben ser.

ALBINA

¡Eso mismo!

LA MEIGA

De los tristes y amargos
sólo sé yo... Y son todos largos, largos... ¡tan lar-
[gos!

BERMUDO

Con un cordial donaire.

¡Más viviréis!

LA MEIGA

Envolviéndolo en una mirada de odio á tiempo que él se vuelve, acercándose á la mesa.

¡Quizá!...

Aparte.

¡Oh lengua maldecida,
que te alargue el demonio mucho, mucho, la vida!

ALBINA

Portando el desayuno á la anciana.

¡Hoy remembrar pesares aquí no se consiente!...
¡La borona está tierna y la leche caliente!...

LA MEIGA

¡Alabado sea Dios, que os crió dadivosa,
casi en tanta medida como honesta y hermosa!

BERMUDO

Que aun está en pie, queriendo abrazar á Albina, que pasa á su lado tornando al hogar.

¡Y ha de ser más alabado
porque criándote así,
te ha criado para mí!

ALBINA

Se esquiva á la caricia apasionada mostrándole á la Meiga.

¡Que ve la vieja!

BERMUDO

Con leve acento de reproche.

¿Es pecado
que uno á su vida se abrace?

ALBINA

Mimosamente.

Eso no;... mas soledad,
silencio y oscuridad
diz que al Amor le complace.

BERMUDO

Acentuando su tono.

Diz que el Amor... era ciego,
y... era niño..., y sólo andaba...

ALBINA

¡Cayendo!

BERMUDO

No; le guiaba
la clara luz de aquel fuego
que dentro de sí sentía,
¡sin pensar—como hago yo—
si le miraban ó no
cuando su bien le atraía!

ALBINA

No sabiendo qué responder.

¡Yo... te amo!

BERMUDO

Exagerando su amoroso enojo.

¡Pues de probarme
acabas que no!

ALBINA

¿Por qué?

BERMUDO

¡Porque has visto!... ¡Amor no ve!

ALBINA

¡Ciega soy!

BERMUDO

¡Llega á abrazarme!

Cae el uno en brazos del otro.

LA MEIGA

Envolviéndolos en una fiera mirada de envidia; aparte.

¡Abrázanse ante mí!... ¿Qué les importa
la vieja miserable
detrás de quien aúllan los dolores
tal que hambrientos y negros lobicanes?

ALBINA

Dejando los brazos de Bermudo y corriendo al fogón.

¡Que se enfría la leche!

BERMUDO

Sentándose á la mesa

Y se va haciendo tarde
para irme á la corta...

ALBINA

Mientras escancia la leche, mirando hacia al bosque, que se va llenando de sol.

¡Cómo corre
ahora el sol!... Mas presto ha de pararse.
¡Tan presto salgas tú!

Bermudo corresponde con una rápida caricia al sentimiento de la esposa.

LA MEIGA

Ardiente la mirada, ronca la voz, afilado y amarillo el perfil, no pierde un detalle del idilio castísimo.

¡Suerte maldita
esta mía!... ¡Mi madre,
¿por qué, al nacer, no me cogiste
y me zapateaste
contra las piedras negras del camino
aquel en que parieras, revolcándote

como una loba flaca?... ¡Qué lejanos
y altos—tal que aves
que cruzan y de dónde
vienen y adónde van ninguno sabe—
del mundo para mí los bienes todos...
¡Vienen, llegan y pasan sin mirarme!

Sus ojos saltan y llamean cuando ve á Bermudo tomar una mano de Albina y cubrirla de besos, mientras ésta ríe, ebria de amor.

¡Más caricias!... ¡Más! ¡más!... Ella es garrida,
linda y moza.—¡Tiene así quien la ame!...—
¡Jorobada soy yo, y vieja, y fea!...
¡Nunca nadie me quiso!... En los casales
llámanme bruja, y hácenme la higa
las mujeres encinta al divisarme;
no responden los mozos mis saludos;
á cantazos me azuzan los rapaces,
y grúñenme los viejos,
y ládranme los canes
al pasar las aldeas...

BERMUDO

Su voz se alza apasionada y llena de gravedad.

Si algún día
otro hombre te mirase

de esta manera como yo te miro,
Albina... ¡Morir antes!...
¡Morir!—¡Dios no me oiga!—
¡Morir y condenarme!

ALBINA

Con una honda y estremecida ternura.

¿Y otra mujer á ti?... Tenéis los hombres
ocasiones más fáciles
de nos vender...

Transición. Su voz es como un bullir de llanto.

Si no es á ti, en la vida
ya no me resta nadie
que me quiera... Bermudo,
di que siempre, siempre... ¡siempre amarásme!

BERMUDO

Transfigurado de júbilo, como triunfador de la vida y de la muerte.

Cual las alondras, que cantando quiebran
á las mañanas el cristal del aire,
así mi corazón. ¡Que tiene alas
parece, y que las bate
camino de la altura,
Albina, al escucharte!...

LA MEIGA

Les oye retorciéndose de desesperación. Aparte.

¡Las torcaces así, Marzo mediado,
se sienten arrullar por los pinares!...
¡Y un mozo igual, así, tuve yo en sueños!
—¡En sueños nada más, para acabarme
de condenar la pena
luego que despertase!...—
¡Y ésta despierta goza de él... ¡Demonio,
—que Dios no pudo ser quien me criase—,
¿por qué dísteme ansias
que con nada del mundo satisfaces?...
¿Quiéresme hacer igual á ti, que miras,
bajo los pies de San Miguel Arcángel,
de cara al cielo, por jamás ya tuyo?...

Pausa.

Mas ¡tú tuviste guerra con los ángeles!
¡Ponme en la diestra las tus armas negras
y deja que en tu suerte te acompañe!...
Si tú ni yo gozar podremos nunca,
¡que nadie goce en paz en adelante!

ALBINA

Levantándose, finado el desayuno, se acerca á la mendiga.

¿Acabó ya la leche?... ¿Otra poquita?

LA MEIGA

Cariciosa y humildísima la voz.

¡Gracias, gracias, mi hija!... ¡Dios te pague
y tu dicha conserve!

ALBINA

¡Amén!

BERMUDO

Yendo á recoger tristemente las hachas entre el montón de aperos.

Ya es tarde
para salir...

LA MEIGA

Aparte.

¡Que asístante demonios
y á tu mujer demonios acompañen!

BERMUDO

Tomando á Albina de las manos.

¡Albina!

ALBINA

¡Bermudo!

Se miran, embebidos, en el fondo de los ojos.

LA MEIGA

¿Y no he de verlos
llorar á largas lágrimas la sangre?...
¡Reíd!... ¡Gozad!... ¡Con vuestra dicha
acabad de mofarme!
¡Gozad!... ¡Reíd, que quien reirá postrero
aun ninguno lo sabe!

Se oyen, en esto, lejanas y rápidas voces pavorecidas, de auxilio, en el bosque.

LAS VOCES

¡Favor! ¡Favor!... ¡Favor!... ¡Que Dios la acorra!...
¡A la sima!... ¡Favor!

ALBINA

En una espantada sorpresa.

¡Dios nos ampare!

BERMUDO

Sereno, prestando oídos.

¡Un peligro alguien corre!

LA MEIGA

Avizorando desde la puerta.

¡En un caballo,
que vuela más que el aire,
una mujer!... ¡Y hacia la sima!...

BERMUDO

Asomándose, seguido de Albina.

¡Cielos!

ALBINA

Mirando, desencajada, hacia el lugar de la irremediable desgracia.

¡Santa María, válele!

BERMUDO

Haciendo ademán de salir.

¡Yo le valdré!

ALBINA

Deteniéndole.

¡Tú no, Bermudo,
que el caballo arrrastrarte
puede!

BERMUDO

Desenclavijando de su brazo los dedos de su mujer, que quiere detenerle.

¡Déjame, Albina!

ALBINA

En una desesperada porfía.

¡No!

BERMUDO

Desprendiéndose y lanzándose afuera.

¡Sí!

ALBINA

En una súplica suprema.

¡Señor, en este trance
tendedle vuestra diestra!

LA MEIGA

Brincando de insano placer; viendo el peligro de Bermudo.

¡Sus!... ¡A él, Satanás, y despedázale!

ALBINA

El terror la inmoviliza y enmudece; tiene que apoyarse en el quicio de la puerta; después, transición á una infinita alegría.

LA MEIGA

¡Dios mío!... ¡En salvo!... ¡En salvo!

Frustrada en sus deseos, se golpea el pecho con el puño, llena de rabia.

¡En salvo!... ¡Maldición!... Pero ¿quién sabe?

ALBINA

Indicando un camino el marido.

¡Por aquí, Bermudo!... ¡Por aquí; no hay zarzas!
¿Te hiciste mucho mal?

ESCENA III

Dichos y CONDESA, CONDE, PAJES, MONTEROS y CRIADOS.

BERMUDO

Aparece trayendo una mujer joven, ricamente vestida y desmayada.

¡Hay que aflojarle
las ropas!... ¡Un asiento!

Albina la aproxima un sitial.

¡Así!

La deja confiada al cuidado de Albina y de la Meiga, y va á buscar agua.

¡Y ahora
la cara rociadle!

LA MEIGA

Con asombro.

¡La condesa!

CONDESA

Volviendo del desvanecimiento.

¿En dónde estoy?...
¡Ah!... ¡Ya recuerdo!...

Dirigiéndose á Bermudo, con una pálida sonrisa.

¿Y tú fuiste
quien, con tal riesgo, tuviste
mi potro?

BERMUDO

Se adelanta y se inclina.

Señora, soy
siervo vuestro.

CONDE

Entrando, lleno de agitación, seguido de escuderos, monteros y pajes.

¿En dónde está
la condesa?

CONDESA

Alborozadamente.

¡Aquí!... ¡Y con bien!

CONDE

Desahogando su angustia en un ancho suspiro.

¡Gracias al cielo!

CONDESA

¡Y también
á este mozo!

A Bermudo.

¡Llega acá,
que el conde merced te haga!

CONDE

Besando la mano de la Condesa.

¡Merced le hará tu marido!

BERMUDO

El haberos bien servido,
señora, es bastante paga.

CONDE

Aceptarlo, villanía
fuera en mí, y en ti nobleza.

BERMUDO

Fuera en vos una largueza
que á par de rey os pondría,
ya que hacer noble á un villano
sólo es de reyes.

CONDE

¡A fe
que habéis razón!

CONDESA

Interviniendo oportuna y graciosamente.

¡Y he ahí por qué
del conde no está en la mano
atenderos, rey no siendo!

BERMUDO

¡Ser merece!

ESCENA IV

Dichos y UN MONTERO.

UN MONTERO

Entrando y saludando al Conde.

El jabalí
cobraron, señor.

CONDE

¿Y Alí?

UN MONTERO

Junto á la sima, muriendo.

CONDE

Rematadlo.

Saluda otra vez el montero y sale.

ESCENA V

Dichos menos el MONTERO.

CONDESA

Melancólicamente.

Nunca sobre
su inquieto lomo á montar
volveré...

CONDE

¡Púdoos matar!

CONDESA

¡No fué la culpa del pobre!
Salió el jabalí de en medio
de sus manos. No fuí dueña
de la brida...

CONDE

Y os despeña,
os despeña sin remedio,
si no le ataja el cuchillo
de... éste... ¿Llámaste?

A Bermudo.

BERMUDO

Bermudo.

CONDE

Ya lo sabes: tu saludo
recibir en el castillo
quiero mañana.

BERMUDO

Con un gesto de respetuosa protesta.

¡Señor!...

CONDE

No lo excuses.

BERMUDO

Me mandáis.

CONDE

A la condesa.

Y vos, ¿cómo os encontráis?
¿Más tranquila?

CONDESA

Estoy mejor.

Señalando á Bermudo.

Discreto es.

CONDE

Recorriendo con la vista las gentes que están dentro de la cabaña, no le contesta hasta que ve á Albina, cuya belleza le sorprende.

Y afortunado
en amor.

Después, aproximándose á ella, pregunta á Bermudo.

Esta mujer
tan linda, ¿es tuya?

BERMUDO

Anteayer,
señor, nos hemos casado.

El Conde emprende un diálogo con la leñadora en voz baja.

CONDESA

A Bermudo, con afectuosa admiración.

¡Y hoy á punto de acabar
puse yo tu dicha!.

Bermudo, que no quita ojo al Conde, que sigue conversando con Albina, tarda en responder.

LA MEIGA

Aprovechando la ocasión de intervenir en el diálogo.

Calla,
señora, porque no halla
palabras que contestar.
Mas pensando está, que Dios
merced muy grande le hiciera
si, al salvaros, hoy muriera.

CONDESA

En un gracioso asombro.

¿Hoy?... ¿Feliz?

LA MEIGA

Morir por vos
—¡hoy qué importa!—era vivir

por siempre en vuestra memoria,
si es que alcanzaba la gloria
de preservaros...

La Condesa, que la escucha sonriendo, hace una seña á uno de los pajes, que se le acerca y recibe en voz baja una advertencia. La Meiga, entretanto, prosigue aparte:

¡Sentir
creo en mi mano los hilos
de esta maldita madeja!
—Bermudo al conde no deja
de tener bajo los filos
de la mirada celosa.—

CONDE

A Albina.

Pues mira: si el jabalí
no espantase al pobre Alí,
y diese ocasión famosa
de obligarme á tu marido,
también fuera poca suerte.

ALBINA

Azorada, entorpecida.

Señor, ¿burláis?

CONDE

Pues sin verte
la caza hubiera seguido.

CONDESA

Que ha despachado al paje y reanudado el diálogo con Bermudo.

Al principio me has hablado
con más soltura.

BERMUDO

Que no quita ojo al Conde.

Es que estoy
confundido...

CONDE

Divirtiéndose con la candorosa turbación de la leñadora.

¡Por quien soy,
juro que me has deslumbrado!

CONDESA

Siempre á Bermudo.

¡Pues mañana en el castillo
verás si sé recordar!

CONDE

Desprendiéndose de la joya que lleva al cuello y ofrendándosela á Albina.

Deseo que este collar
se honre en ti.

CONDESA

Quitándose una de las sortijas que trae y colocándola en la mano de Bermudo.

Quiero este anillo
en tu diestra hacer famoso.

ALBINA

En el extremo de la confusión; sin decidirse á dejar reposando el collar sobre los hombros.

Mal, señor, á mi pobreza
conviene.

CONDE

¿Y en mi grandeza
no reparas?

BERMUDO

Devolviendo la sortija á la Condesa.

Este hermoso
diamante, en mi mano ruda,
se apagara, avergonzado.

CONDESA

Tomándolo y colocándoselo en el dedo.

¡Al contrario! Abrillantado
habrás de verlo, sin duda,
cada día... ¡Conque espero
que en mi nombre lo traerás!

ALBINA

Queriendo quitarse el collar.

¡No!... ¡no... señor!

CONDE

Bajándole los brazos; con imperio que no admite réplica.

¿Buscarás
que me enoje?... ¡Ea, lo quiero!

ESCENA VI

Dichos y DON BLASILLO

Se hace un regocijado tumulto entre las gentes del Conde apelotonadas á la puerta.

UNA VOZ

¡Blasillo!

OTRA VOZ

¡Aquí está Blasillo!

OTRA VOZ

¡El bufón!

BLASILLO

Desde afuera. Con cómica-fanfarronería.

¡Plaza á don Blas!

Se entreabre el grupo de pajes y monteros y entra el bufón, jorobado, feo, ridículo. Se rinde en una grotesca genuflexión ante el Conde, que le mira sonriente.

BLASILLO

Mientras dura la singular reverencia.

¡No ha sido la culpa mía
si no he podido llegar
á ver la magna tragedia!

Después, ya enderezado, se encara, petulante y enfático, con su amo.

De hoy por siempre, cuidarás,
Conde—el más afortunado
de toda la cristiandad—

Subrayando el inciso y tornando á inclinarse.

que, en vez del ser milagroso
—piel y huesos nada más—
que hasta ahora hube en tus cuadras,
haya un rabioso alfaraz
en que cabalgue á la brida
y al viento me deje atrás,
si es que volviese á ponerse
un drama á este drama igual;
—pues yo creo que en seguida
has de volverte á casar.—

Se vuelve hacia los monteros.

¡Haber perdido, señores,
lo mejor!... ¡Ese final

sublime!... ¡Ver despeñarse
tal mujer!

CONDESA

Hace separar unos pajes, que medio la ocultan, y se muestra á don Blasillo, que ha afectado no verla.

¿Qué dices, Blas?

BLASILLO

Exagerando su mentido asombro de ver viva á la Condesa.

Digo que... al punto retiro
cuanto dije, y... ¡haya paz,
Conde,—el más infortunado
de toda la cristiandad!—

Otra vez el ridículo saludo. Después se vuelve rápidamente cara á la puerta, haciendo graciosos gestos para que le dejen pasar.

CONDE

Riendo á todo su talante.

¡Que te preciso, Blasillo!
¡No te vayas!... ¡Ven acá!

BLASILLO

Tornando como á regañadientes.

¿Para qué?

CONDE

Para que veas
algo bueno.

BLASILLO

¡Menos mal
si una vez, sólo, en la vida
has topado la bondad!

CONDE

Mostrándole á Albina.

¿Qué te parece?

BLASILLO

Después de mirarla, dando una vuelta alrededor de ella.

¡Infeliz
á más de necio!... ¡Muy mal,

pero rematadamente,
cual todas!... Una no más
hubo en sí todas las gracias,
y... ¡ocurrió lo natural!
¡No quedaron á las otras
sino las tachas!...

CONDESA

Jugando del enojo.

¡Cortar
haré esa lengua!

BLASILLO

Con presteza.

¡No dudo
que hablas en serio, quizás!

CONDE

Con todo humor.

¡Don Blasillo!... ¡Don Blasillo!

BLASILLO

Aproximándose nuevamente á Albina.

¿Y le diste tu collar?

CONDE

¿No hice bien?

BLASILLO

¡Diez veces necio
de la mayor necedad!
¡No pasarás á la Historia!

CONDE

¿Por qué?

BLASILLO

¡Porque no tendrá
interés la tuya!... Importan
las mercedes, nada más,
á quien las recibe. En trueques,
todos oyen con afán
las infamias y los crímenes.

CONDE

¿Qué debí hacer, pues?

BLASILLO

Tomándole familiarmente del brazo se adelanta con él al primer término, y le dice al oído, extremando la ironía.

Burlar
á la moza, si te place,
y apalear al truhán
del hermano ó del marido,
si es que lo tiene.

El Conde se vuelve hacia la Condesa, por encima de la joroba de don Blasillo, y le guiña cariñosamente, mientras hace el juego al bufón.

BERMUDO

Demudado y trémulo, quisiera fulminar con la mirada á don Blasillo. Aparte.

¡Matar
voy á tal sapo!... ¡Un consejo
infame al conde le da
sin duda!

CONDESA

Correspondiendo á la mirada del Conde, dando más pie al juego del bufón, se dirige á la Meiga.

¿No tienes tú
que decirme, en poridad,
también algo?... No ha de ser
sólo el Conde el que escuchar
tenga aquí cosas...

LA MEIGA

Se acerca á la Condesa y dice melosamente.

Señora,
á Bermudo le otorgad
el mayor bien.

CONDESA

¡Norabuena!
¿Qué es ello?

LA MEIGA

¿No adivináis?...
¿De veras?... ¡Que le deis luego
la vuestra mano á besar!

CONDESA

Tendiendo la mano á Bermudo.

¿Así?

BERMUDO

Besándola.

¡Viváis cien años!

CONDESA

Tú los cuentes.

LA MEIGA

Aparte.

¡Satanás
no me ayude, si este enredo,
mejor que pude soñar,
no se me ofrece!

CONDE

A Blasillo, con una gran carcajada; gozando inmensamente en el desconcierto del bufón.

¡De listo
se pasó esta vez don Blas!

BLASILLO

Comenzando á ponerse serio.

¿Te ríes, conde; te ríes?

CONDE

¡Ya lo ves!... Y eso te está
diciendo que erraste el tiro.

BLASILLO

¡Hay quien se siente tocar
de un dardo, y más no se muda!

CONDE

Revistiéndose de súbita gravedad.

La leñadora será
para mí cosa sagrada.

BLASILLO

Dudo aún.

CONDE

No dudarás
mucho tiempo.

BLASILLO

Exagerando su estupor; en el colmo de una interna alegría.

¿Bien por bien
serás capaz de pagar?

CONDE

Mañana, solemnemente,
les daré la libertad
y esta hacienda. Y luego, nadie
—si no eres tú—volverá
en mi nombre á estos lugares.
¡Lo juro á Dios!

BLASILLO

Conmovido, dejando de ser el engendro estrafalario y risible para tornarse el cortesano caballeroso y leal.

Perdonad,
señor, á este viejo loco
que os vió niño y dilatar
quiere sólo vuestra fama.
¡Señor, la mano!

Cae con la rodilla en tierra, pretendiendo besar la diestra de su amo.

CONDE

Señálandole á Albina.

Besad
antes la suya. No sabe
de bufones, y estará
contigo, acaso, enojada.

ALBINA

Que tiene ojos nada más para la Condesa, quien no acaba de hacer preguntas á Bermudo. Aparte.

¡No deja de conversar
la Condesa con Bermudo!

BERMUDO

Que no cesó de observar sombríamente al Conde y al bufón. Aparte también.

¿Qué infamia no acabarán
de tramar entre los dos?

CONDESA

Al Conde, que se acerca con Blasillo á Albina.

¿Ya nos vamos?

CONDE

No; aguardad.

BLASILLO

Aproximándose á Albina, le dice con rendida y apasionada voz.

Por vuestro bien, no quiso la fortuna
que, ni en vasto palacio ni en castillo,
de oro tuvieseis, al nacer, la cuna.
¡No sabéis, pues, lo que es un don Blasillo!
El ser que ríe, ríe,
ríe incesantemente
de todos y de todo, á toda hora,
y que, cuando tiene penas, las deslíe
en su más loca risa, sabiamente,
y así cuanto más ríe es que más llora!...
También rió, señora,
de vos Blasillo, cuando aquí hubo entrado...

ALBINA

Llena de confusión.

¿Señora yo?

BERMUDO

En un extremado recelo; aparte.

¿Señora le ha llamado?

BLASILLO

Dejad que os diga así... Pues bien, ahora,
un instante, no más, formalizado,
yo os ruego humildemente
—si no os da horror mi fea catadura—
que seáis como el agua, la frescura
y la luz del cristal de su corriente
con sencillez donando á toda cosa:
á la ninfa, y al cisne, y á la rosa,
y al viscoso reptil y al sapo inmundo;
en todo viva, palpitante en todo,
de la nieve y del iris hasta... el lodo,
como latiente, y rica, y generosa
sangre que hincha el corazón del mundo;
y sin tener en cuenta los agravios,
—si tal os parecieron—
que os dirigí al entrar, y no lo fueron,
extended vuestra mano hasta mis labios.

Se acerca á besársela.

ALBINA

Huyendo con ella; asustada de la extremada fealdad del bufón.

¡Por Dios!... ¡Tened!

BLASILLO

Apartándose con patético dolor.

Es cierto... No he debido,
siendo así como soy, adelantarme...

BERMUDO

¡Ah, conde, infame conde,
el eco tuyo tu planchete ha sido!...
¿Con muerte y deshonor quieres pagarme?...

CONDESA

Ríe, festejando el desaire.

¡Ya lo has visto, Blasillo!... No responde
lo serio á tu persona...

CONDE

Alargando su diestra á Blasillo.

Ten mi mano,
y en ella cualquier don que hoy te pluguiere.

BLASILLO

Hincándose, al besarla.

¡Ser tu lebrel, no más, mientras viviere!

CONDE

Alzándole.

El lebrel será amigo, nunca hermano.

BLASILLO

Señor..., señor...

Se separa con las manos sobre los ojos. Luego, recobrándose, vuelve á encararse con Albina.

Y tú, mujer hermosa,
huyendo esta fealdad tan prodigiosa
obras lo natural... ¿Puede al gusano,
que avanza lento por el tallo verde,
mirar y no tremer la fresca rosa,
que el sol galán de Abril no besa, muerde?

Pausa. Como si monologase.

Quizás el jardinero no temblara
mirándole subir...

BERMUDO

Sin poder contenerse, le interrumpe, hiriendo fieramente la tierra con el pie.

¡No; lo aplastara,
así, ¡por Satanás!, bajo el zapato!

BLASILLO

Con una superioridad infinita, lo mira de arriba abajo, gigantescamente desdeñoso.

¡Por Satanás, también, se equivocara
quizás el mentecato!
Pues bien pudiera acontecer la cosa,
que, en capullo, el gusano se trocara,
al punto mismo de alcanzar la rosa,
y, abriéndose el capullo, en mariposa...
¡Y á la rosa, al volar, coronaría
con su alado fulgor de pedrería!...

CONDESA

Alzándose; presta á partir.

Por lo bien que has hablado,
habrá que perdonarte, don Blasillo...

BLASILLO

Al Conde.

Me has comprendido tú, y me ha bastado.

CONDE

Hace un gesto de inteligencia, y se vuelve en seguida á la leñadora.

A ti y á tu marido, en el castillo,
os espero mañana.

CONDESA

A Bermudo.

Sin excusa.

ALBINA

Con un gesto de vaga protesta.

¡Señor!...

BERMUDO

Con otro semejante.

¡Señora!...

LA MEIGA

Advirtiéndoles oficiosamente.

¡Ved que lo han mandado!

CONDE

Entregando á la Meiga un bolsillo.

Y tú, toma también.

LA MEIGA

Recibiendo el don avaramente.

¡No lo rehusa,
sino que lo agradece mi pobreza!...
¡Que el Señor os dilate la grandeza
y los años de vida!

BLASILLO

Recuperando su cascabelera alegría, desfilando al frente de pajes y monteros.

¡Que siga clamorosa la partida!
¡Cerdoso jabalí, ciervo cornudo,
¡sus...!, ¡sus!

CONDE

¡Adiós, Albina!

CONDESA

¡Adiós, Bermudo!

BERMUDO Y ALBINA

¡Que os guíe para bien!

LA MEIGA

Aparte.

¡Luzbel me ampara,
que el caso acontecer mejor no pudo
y he de ver... ¡por Luzbel! en lo que para!

ESCENA ÚLTIMA

ALBINA, BERMUDO y LA MEIGA.

Bermudo, al quedarse solo con su mujer y la Meiga, que recoge sus alforjas, se desploma sombríamente en un sitial.

ALBINA

Con hostil frialdad.

¿Te quedas?

BERMUDO

Con sangrienta ironía, después de un silencio en que la traspasa con la mirada insultadora; y así uno y otro, acentuando la actitud, hasta el final del acto.

¡Sí...! ¡Don Blasillo
es listo!

ALBINA

En el mismo tono.

No...; no habla mal...
¡Linda es la condesa!

BERMUDO

Tal
aseguran... ¡Que al castillo
vayas el conde rogó!

ALBINA

¡También la condesa á ti!

BERMUDO

Con una risa horrible.

¡Era natural!

ALBINA

Imitándole.

¿Sí?

BERMUDO

¡Sí...!
¡Y el collar que te donó
tan galán él, no, no es feo!

ALBINA

¡Ni el anillo, ¡por mi vida!,
que en tu mano, agradecida,
ella puso!

BERMUDO

Mirando el anillo con una cara de condenado.

¡Así lo creo!

LA MEIGA

Que acabó de recoger sus harapos y no perdió detalle de nada.

¡Quedad, mis hijos, con Dios...!
¡Que por uno os torne cien!

Aparte.

¡Cien maldiciones!

ALBINA

¡Amén!

BERMUDO

¡Que os guarde y vaya con vos!

Se levanta y comienza á recorrer la cabaña á grandes pasos descompuestos. De pronto se para y encarándose con Albina le dice rudamente.

Y tú, ¿qué...? ¿No hay que hacer nada?

ALBINA

Dolorida, irritada, sarcástica

¡Vaya un modo...! ¡Sí... algo he de hacer!

LA MEIGA

Volviéndose, al trasponer la puerta, con una luciferiana exaltación.

¡Volveré...! ¿No he de volver?
¡Y hais de oir mi carcajada!

Desaparece ligeramente en el bosque mientras cae, rápido, el TELÓN.

ACTO TERCERO

La cabaña de Albina y Bermudo, solitaria y cerrada. Hay lumbrarada en el hogar, y, arrimados á ella, unos pucheros. Se abre, lentamente, la puerta y entra la Meiga, á paso de lobo, escudriñando con recelo el interior. Cuando se ha convencido de que no hay nadie, su fealdad se erige transfigurada, como la del Angel Caído, al resplandor infernal de su espíritu. Sonríe, y sus ojos giran terribles y dominadores. Por la puerta se ve la arboleda en Otoño. Entre la herrumbre de las hojas, hay fugitivos y apagados resplandores de cobre y de oro viejo. Se sienten la paz y el silencio aldeanos, que parecen descender con el sol, claro y picante, del día, que va casi mediado.

ESCENA PRIMERA

LA MEIGA

No tardará en volver... Todo acontece
mejor que nunca pude imaginarlo...

¡De veras voy en Satanás creyendo!...
¿Será verdad que existe y... me ha escuchado?...

Pausa.

Mas, ¿qué me importa Satanás, si todo
lo que aquí va á pasar, yo he de crearlo
con estas vivas ansias de reirme,
al ver que está aquí dentro alguien llorando?

Pausa.

No sabré yo de besos ni suspiros
—en la entreabierta rosa de los labios
mieles y aromas—ni del delicioso
combatir y rendirse á los alados
decires del Amor—nobles halcones
que el divino halconero hizo tan mansos...—
Pero sé de dolores y lacerias
—de la Muerte los trágicos alanos
flacos y aullantes—; y también de insultos,
blasfemias y sarcasmos...
Si otra simiente en mí nunca ha caído,
¿qué habré de florecer, rosas ó cardos?

Pausa. De entre los más recónditos harapos del justillo saca un puñal con empuñadura de oro y piedras preciosas.

Almas, tal que la mía, dieron muerte
al joven caballero que he topado

hoy, al alba, en el bosque... ¡Por robarle,
á fe, no le mataron!...
Al cuello una venera... Un grueso anillo
en la pulida mano...
Herretes á cincel, un lindo estoque...
¡Y todo despreciaron!...
¡Ni aun aqueste puñal con oro y piedras
ha podido tentarlos!

Examinándolo detenidamente. Transición.

Si quisiera venderlo,
y el judío á que hubiera de mostrárselo
en poridad, con él no se quedara,
y, grandes voces dando,
—cual sé por experiencia—no jurase
ser yo que iba á robarlo,
y así, en buenos doblones, no en azotes,
lo viese transformado,
es seguro que, al fin, tuviera casa,
ropa muy rica, el cuerpo siempre harto
y... ¡hasta galán!

Con una larga carcajada cínica.

¡Galán de mis dineros!
¡Una higa para él!

Con el dedo pulgar de la diestra, entre el anular y el índice, hace el gesto bajuno y mofador.

¡Lograré, en cambio,
con él, aquí, mi gozo... y sin fatigas!

Después de mirar atentamente hacia el bosque.

¡Pero Albina ya llega!... Bien. Finjamos.

Recobra su postura encorvada y humilde.

ESCENA II

ALBINA y LA MEIGA

ALBINA

Nada perdió de su belleza, pero viste con menos aliño y tiene para todas las cosas un gesto cansado y desdeñoso, de perpetuo malhumor.

¿Quién la ha mandado pasar?

LA MEIGA

Estaba la puerta abierta...;
y la cabaña desierta
hallando, me iba á marchar.

ALBINA

¡Con Dios vaya, ó... con el diablo!
¡Desque vino usted aquí
finó mi bien!

LA MEIGA

Haciéndose del asombro.

¿Créeslo así?
Pues, hija, voime y... "no hablo".

Se dirige renqueando hacia la puerta.

ALBINA

Con inquietud.

¿Qué ha de hablar?

LA MEIGA

Deteniéndose, volviendo á medias la trémula cabeza.

No te pesara
de oirme.

ALBINA

¡Dígalo, pues!

LA MEIGA

Tornando; á la querencia de un asiento cerca del fuego.

¿Tendrás sosiego?

ALBINA

Afectando indiferencia, aviva la lumbre en torno de los pucheros.

Si es
breve...

LA MEIGA

¡Sí tal!... Mas repara
que traigo luengo camino,
y el sol pica... Tomaría
un bocado y... cosa fría
de beber... ¡Agua no, vino!...

Ríe alegremente.

ALBINA

Abriendo una alacena saca unos relieves.

Vino no tengo... ¡Tomad!

LA MEIGA

Comenzando á comer.

Vino rancio conviniera...

ALBINA

¡Para vos!

LA MEIGA

Para ti fuera
también bueno...

ALBINA

¡Ea; acabad!

LA MEIGA

Dejando de comer; misteriosamente.

Albina..., eres desgraciada.

ALBINA

Con displicencia.

¡Eso antes lo dije yo!

LA MEIGA

¡Eso, antes, lo adivinó
esta pobre despreciada,
que por tu bien se interesa!...
Tú sabes que no entró el mal
con ella por ese umbral,
que entró cuando... la condesa...

ALBINA

Con ira súbita.

¡No, por Dios, no la nombréis!

LA MEIGA

¿La odias?... Bien está... Pues mira,
Bermudo... ¡la ama!

ALBINA

Torcida la boca, alocados los ojos, frenética de pasión.

¡Mentira!

LA MEIGA

Sonriendo, serena, pausada.

Verdad.

ALBINA

¡No!

LA MEIGA

Sí.

ALBINA

¡Lo probéis
ahora mismo ó... mi marido
cuenta estrecha os tomará!

LA MEIGA

Tanto más dueña de sí cuanto Albina más excitada y furiosa.

No.

ALBINA

¡Sí!

LA MEIGA

No.

ALBINA

¡Sí, que lo hará!

LA MEIGA

Levantándose, de pronto, dominadora ante Albina, que se encoge, abre los brazos sobre ella con un gesto rápido y terrible, que recuerda los aletazos del azor á la garza rendida.

¡Después que me hayas oído!...

ALBINA

Aterrorizada, acobardada, vencida.

¡Decid, pues!

LA MEIGA

Con una insospechada y trágica voz pavorecedora; lentamente, soberanamente.

Cuando vea que... te has serenado,
te diré... mi secreto... ¡que nadie ha penetrado!...

Pausa.

¿No temblarás, Albina? ¿Te faltará el valor?

ALBINA

Sobreponiéndose á su debilidad.

Si lo dicho probáisme..., ¡juro á Nuestro Señor que, aunque fuerais el mismo demonio... os bendijera!

LA MEIGA

No lo soy...; pero ¡mando en él!

ALBINA

Con un nuevo y más grande pavor de lo sobrenatural; retrocediendo un paso.

¿Sois hechicera?

LA MEIGA

Siguiéndola y fascinándola con su mirada recta, fría, acerada.

¡Sí!

La sílaba pasa por sus labios en un frío y largo silbido, como el de una víbora despertada al paso.

ALBINA

Santiguándose.

¡Jesús!... ¡Jesús!

LA MEIGA

Extendiendo la mano asarmentada, como si rechazase á un poder odiado é invisible; enronquecida, irresistible.

¡Oh! ¡calla!... Si no...; ¡por Satanás,
mi boca estará muda para siempre jamás!

ALBINA

Suplicante.

¡No!... ¡Eso no!

LA MEIGA

Ceñuda y arcana, recogiéndose en una breve pausa.

Pues oye en silencio... Decía
mi madre, que mi sangre es rancia en brujería,
pues un brujo, como ella, cierta noche la entró
en el espanto lóbrego de un antro y me engendró...

Su palabra cobra una amplia y sonora potencia irrefragable.

¡Más preciosa mi herencia que el oro!... ¡Más seguros

que tiros de ballesta, á todo, mis conjuros
alcanzan!... ¡Nada logra resistir mi poder!
¡Tódo, esta mano trémula lo podría torcer
ó enderezar!... Mis ojos, parecen apagados,
y ven los pensamientos más hondos y celados!...
¡Tengo sólo una piedra por almohada, y pudiera
dormir bajo artesones de dorada madera,
sobre un lecho de plumas!... ¡Ni el triste amor de un can
mi soledad alegra, y el más gentil galán
del reino, ensandecido de amores, se arrojara
á mis pies, por besarlos, si yo lo deseara!...

ALBINA

En una súplica humilde y devota.

¡No sea mi Bermudo!

LA MEIGA

A volvértelo vengo...
Una deuda contigo he contraído, y tengo
de pagarla.

ALBINA

¿Una deuda?...

LA MEIGA

Recuerda. Me acogiste
con amor, y conmigo tu borona partiste.

ALBINA

En un impreciso deseo de seguir engañada.

¿Pero á mi amor Bermudo ha sido siempre fiel?...

LA MEIGA

¡Mas tú muéstrasle celos!

ALBINA

¡Como los muestra él
del Conde!... ¡Y vos pudierais, si nada se os oculta,
decir cuán sin razón!

LA MEIGA

¡Sé también que te insulta
de noche algunas veces, y entonces sale airado
á pasear al bosque, y no torna á tu lado
hasta el día!...

ALBINA

Convencida y asombrada.

¡Es verdad!...

LA MEIGA

Y di: ¿no te interesa
saber lo que hace entonces?

ALBINA

¿Y qué hace?

LA MEIGA

La condesa
recíbelo en su cámara.

ALBINA

Palidece y se lleva las manos al pecho. Le falta aire.

¿Ella?... ¡No!... ¡No!...

LA MEIGA

Mostrándole el puñal.

Mi mano
va á darte un talismán de poder sobrehumano

que habrá de convencerte.—Lo heredé de mi madre.
En arras de sus bodas se lo entregó mi padre.—

ALBINA

¿Y eso habrá de servirme?

LA MEIGA

Para todo
lo que te es menester.

ALBINA

Con una sombra de duda.

¿Ello es seguro?

LA MEIGA

Irritada y desdeñosa.

¡Lo pruebas y lo ves!

ALBINA

¡Decidme el modo!

LA MEIGA

Felina, insinuante.

Si yo le hiciere, á solas, un conjuro...
¡sin que lo advierta él!... á tu marido,
verás, poco después, cómo beodo
de placer, se aletarga suavemente
y en dulce sueño, al fin, queda sumido...

ALBINA

Recelosa.

¿Dormirlo?... ¿Y para qué?

LA MEIGA

Irónica.

¡No es que yo intente
que le hagas ningún mal!

ALBINA

¿Qué ha de ser ello
entonces?

LA MEIGA

Solamente
que le cortes... siquiera un mal cabello,
con esta hoja encantada.

ALBINA

¡Un cabello, no más, he de cortarle!

LA MEIGA

¡Basta uno solo!...

ALBINA

¿Y nada ha de pasarle?

LA MEIGA

¡Como no sea una gran dicha... ¡nada!

ALBINA

¿Y el cabello...?

LA MEIGA

¡Se quema...! ¡De repente,
se hará un gran resplandor, mientras recito
mi mágico conjuro irrefragable...!
¡A su luz, cual me ves, verás patente
alguna escena de su amor maldito:
verás á la condesa...

ALBINA

Con voz sorda, de infinito odio.

¡Miserable!

LA MEIGA

Que intranquila le espera en su aposento...
Una luz que, un momento,
en las almenas de una torre luce...
¡Bermudo, que la espía en la espesura
y se acerca, furtivo, á una poterna...!
¡La vieja que le aguarda y le conduce...!
¡Unos brazos después...! ¡Después, locura,
vértigo...!

ALBINA

Enloquecida, crispada, con los ojos extraviados.

¡Maldición...! ¡Desdicha eterna...!
¡Callad...! ¡Callad, por Dios!... ¡No; no podría
sufrirlo el corazón...! ¡Estallaría!

Los sollozos la estrangulan y le sacuden todo el cuerpo.

LA MEIGA

Con espantosa risa; aparte.

¡Bien va, por Satanás!

Después, posando la mano en el hombro de la sin ventura, le habla con grave voz llena de esperanzas.

Luego que veas
cuanto digo, no más porque me creas,
despertaré al dormido,
no ya de la condesa enamorado,
sino sólo de ti...

ALBINA

En un esplendor de gozo, á través de las lágrimas.

¿De mí?

LA MEIGA

¡Rendido,
cual nunca lo tuviste, has de tenerlo...!
¡Todo otro amor en él será arrancado,
como maldita hierba...!

ALBINA

¿Será verdad?

LA MEIGA

¡Hoy mismo puedes verlo!

ALBINA

Arrebatada por el torbellino de su dicha, parece una ebria. Ríe y llora, y apenas puede pronunciar íntegras las palabras.

¡Oh!... ¡Oh!... ¡Señora!... ¡Madre!... ¡Vuestra sierva seré!... ¡Los pies!... ¡Besaros
quiero los pies!

Se arrastra por tierra, en una esclavitud de agradecimiento infinito.

LA MEIGA

Sonríe y hace un gesto triunfador y satánico sobre el cuerpo de la humillada; después se baja á levantarla.

¡Y yo que te levantes!...

Imperiosamente, por demorarse Albina.

¿Obedeces ó no?

ALBINA

Alzándose.

¡Por contentaros,
á todo presta estoy!

LA MEIGA

Después de una pausa, en que parece reflexionar. Transición.

Te dije antes
que un jarro de buen vino precisara.

ALBINA

Llena de una súbita confusión.

¡Perdonadme el negároslo!... ¡Lo tengo!
¿Sentís antojo de él?

Se vuelve solícita hacia la alacena para buscarlo.

LA MEIGA

Deteniéndola, sarcásticamente.

¡Se me antojara
ser la mujer del rey, y reina fuera!...
¡No acontezca otra vez—te lo prevengo—

querer burlarme!... ¡Es ésta la primera
y la perdono, Albina!...

Transición.

A tu marido,
que ya estará á llegar, has de servirle
con más amor que nunca le has servido...
Que haces fiesta en su obsequio has de decirle
mientras de vino colmarásle el vaso...

ALBINA

¿Y estará amable él?

LA MEIGA

¿Pudiera acaso
no estar si yo lo quiero?

ALBINA

¿Y presto ha de dormirse?...

LA MEIGA

La comida
aun no será finada, y ya rendida
caerá su frente.

ALBINA

En un estremecimiento, puramente femenino, de júbilo.

¿Sí?

LA MEIGA

Que observa con inquietud, á través de la puerta, los caminos del bosque.

¡Por el sendero,
allá de la ladera,
vésele ya venir!... ¡Albina, afuera!...
¡Sin que él lo note, conjurarlo quiero,
y sin testigo!... ¡Vete!

ALBINA

Rogando mimosamente.

¿Y no pudiera
verlo yo de algún modo?

LA MEIGA

¡No!... ¡vete!... ¡vete!... ¡Fracasara todo!

ALBINA

Sí... ¡me iré!

LA MEIGA

Empujándola.

¡Pronto!

ALBINA

Tornando cuando va á trasponer el umbral.

¡Y, sin embargo: ¡Espera!,
parece que me dicen!

LA MEIGA

Apremiante, forzadora.

¡Artificio
mágico, que usa la condesa, es ello!

ALBINA

En un asombrado rencor.

¿Luego es ella también una hechicera?

LA MEIGA

Atropelladamente, con temor de ver aparecer á Bermudo; compeliéndola con todos sus bríos.

¡Pero yo romperé su maleficio!...
¡Márchate ya!... ¡No olvides el cabello!

ALBINA

Saliendo.

¿Cómo, y mi vida por cortarlo diera?...

ESCENA III

LA MEIGA

Riendo espantosamente.

¡Su vida!... ¡Qué necia!... ¡Su vida!
¡Con qué aplomo más firme la llama!...
Eso mismo dijera la mosca
que va y viene, incansable, nimbada
por el sol, entretanto su tela
va tejiendo, en la sombra, la araña...
—Si nó me es lisonjera esta imagen,
mis deseos en trueques exalta.—
¡Qué deleite, al sentir, bajo el peso
de la presa, la tela estirada,
y escuchar su zumbido impotente,
y ceñirla con trémulas patas,
y notar cada vez sus latidos
más lentos... más lentos!... ¡Y, al fin, devorarla!

Sigue riendo. Después, al oir más cerca los pasos de Bermudo, compone el gesto y el semblante, esperándole.

ESCENA IV

LA MEIGA y BERMUDO.

BERMUDO

Entrando torvo y malhumorado.

¿Y Albina?... ¿Qué, no está aquí?...
¿Y qué hacéis vos?

LA MEIGA

Te buscaba.

BERMUDO

Encogiéndose de hombros, inatento, se dirige hacia el dormitorio.

¿Que me buscabais á mí?

LA MEIGA

A ti sólo... Y me marchaba
á esperarte en el camino.

BERMUDO

Escudriñando el dormitorio desde la puerta.

¿Dónde estará esa mujer?

LA MEIGA

Subrayando malévolamente la frase.

Sé paciente... ¡Si aún no vino,
no ha de tardar en volver!

BERMUDO

Notando la intención, se revuelve sombríamente cara á ella.

¿Lo decís de una manera...
bruja?

LA MEIGA

Dándose de ofendida.

¡El diablo me pagara
igual, si bien le sirviera!

BERMUDO

¿Y en qué me servís?

LA MEIGA

Callara
yo ahora, y mucho holgaría
de ello alguno...

BERMUDO

¿Alguno?... ¿Quién
y... por qué?... ¡Hablad!

LA MEIGA

Se diría
que ya te interesa.

BERMUDO

¡Y bien;
sí, mucho!

LA MEIGA

Pero se te hace
preciso tener gran calma.

BERMUDO

¡La tendré!

LA MEIGA

¿Aunque despedace
tu corazón?

BERMUDO

¡Aunque el alma
me destroces!

LA MEIGA

Transición. Como en un aparte.

¡Cuitado!

BERMUDO

¿Cuitado yo?... ¿Por qué?

LA MEIGA

Porque Albina te engaña.

BERMUDO

A la sorpresa sucede la ira. Precipitándose sobre la Meiga, que retrocede con espanto.

¡Mentira...! ¡Arrancaré
tu maldecida lengua, hija de Satanás!

LA MEIGA

¡Tente, Bermudo!

BERMUDO

Conteniendo su furia; con un trémolo de infinito dolor.

¡Pruébalo!

LA MEIGA

¡Lo probaré!

BERMUDO

Pasándose la mano por la frente; en un monólogo sombrío.

¡Quizás
es un mal sueño!

LA MEIGA

¡Óyeme sereno y... obra luego!

BERMUDO

Con una amarga sonrisa, después de una pausa.

¡Sereno...! ¿Puede estarlo el que en cama de fuego

acuestan, ó el que tiene á su cuerpo enroscada
serpiente verdinegra, de mortal dentellada...?

Transición.

Pero di... ¡cuenta, cuenta, mujer, ángel, demonio
ó lo que seas...! ¡Habla!

LA MEIGA

La paz de un matrimonio
feliz, como fué el tuyo, Bermudo, no turbara
si á tu vida un peligro mortal no amenazara...

BERMUDO

¿Amenazan mi vida...?

Pausa larga. Transición.

¿Y, acaso, me cogiera
la Muerte sin saberlo?

LA MEIGA

Su voz es un susurro medroso.

¡De seguro así fuera!

BERMUDO

¡Mejor era ignorarlo!

LA MEIGA

¿Mal hice en avisarte?

BERMUDO

¡En mi engaño, feliz acabara!

LA MEIGA

¿Y vengarte
no será mayor gozo?

BERMUDO

Con una mueca de infernal alegría.

¡Sí que sí, voto á Cristo...!
¡Cuenta, cuenta: ¿qué sabes?

LA MEIGA

Te diré lo que he visto
y oído, con espanto, esta misma mañana...
Pero, ¡por Dios!, Bermudo, haz cuenta que la anciana,
mucho arriesga al mentarlo.... Que guardarás secreto
¡por tu madre! prométeme.

BERMUDO

Ronca la voz; los ojos extraviados.

¡Sí, sí...; te lo prometo!

LA MEIGA

Poniendo toda su odiosa sugestión en sus palabras.

Pues sabe que, al venir de la cercana
aldea, por el bosque, esta mañana,
y al llegar junto á la "Cruz del Ahorcado",
sentí que, de la parte del castillo,
un caballo trotaba... —¡No me gusta
topar con caballero! Más trillado
que el áspero camino del bolsillo,
suele tener su mano el de la fusta...—
Y así, mal como pude, en el vallado
de la espesura recatéme aína,
y púseme á escrutar con el rabillo
del ojo la calzada... ¡Muy plantado,
cual mosca en elefante... ahora adivina
quién cabalgaba el potro!

BERMUDO

En un rugido.

¿Don Blasillo?

LA MEIGA

¡El propio jorobado!...
Mas en esto, hete aquí que veo á Albina...

BERMUDO

¿A Albina?... ¿A mi mujer?...

LA MEIGA

Que recatada
surgía de un sendero...
Al verla, sofrenando, "el caballero"
descabalgó..., se descubrió...!

Imita con gestos burlones al bufón.

BERMUDO

¡Taimada!...
¿Acudía á una cita?...

Enloquecido de dolor y de ira, agarra á la Meiga por un brazo y la sacude furiosamente.

LA MEIGA

Aterrorizada, pugnando por desasirse.

¡Sí!... ¡Sí!... Pero,
Bermudo, ¡por piedad!... ¿Tú ensandeciste?

BERMUDO

Aplanándola, en la cima de su furor.

¡No!... ¡No!...¡No puede ser!... ¡Di que no ha sido!
¡Que tu lengua de víbora ha mentido!...
¡Di que no viste, bruja, lo que viste!...

LA MEIGA

¡Lo diré!... ¡Lo diré, si ese es tu empeño

BERMUDO

Soltándola violentamente. En una patética y vivísima transición; ahogándose.

¡No!... ¡No!... ¡Sólo verdad!... ¡Vé que la pido
así!... ¡así!

Cae de rodillas ante ella con las manos agarrotadas, en cruz.

¡Y si es que estoy dormido,
despiértame, por Dios, de este mal sueño!

Llora.

LA MEIGA

Después de una pausa en que se serena y vuelve á hacerse dueña de la situación.

¡Que escucharías, prometiste, en calma!...

BERMUDO

Levantándose, con una serenidad más terrible que su ira.

¡Pues bien; sí, la tendré!... Pero, responde:
¿oíste cuanto hablaron?

LA MEIGA

Meditando mucho cada palabra.

Ciertamente.

BERMUDO

Animándola á hablar.

¡Tira ya de una vez!... ¡Descuaja el alma!...
¿Y traía el bufón nuevas...?

LA MEIGA

Del conde...
¡una nueva muy grave y muy urgente!

BERMUDO

¿Qué era?

LA MEIGA

Francamente,
es duro de contar...

BERMUDO

¿Mi muerte?... ¡Acaba!
¿Trataron de mi muerte los malvados?

LA MEIGA

Así fué... Con tu vida se jugaba...

BERMUDO

Con ironía terrible.

¿Y contraria la suerte fué á mis dados?...
¿Mas quién me habrá de herir?... ¿Quizá el verdugo?

LA MEIGA

Eso era lo que Albina codiciaba.

BERMUDO

Avanzando sobre la Meiga con una amenaza en los ojos, como una llama de la ira anterior.

¡Eso no pudo ser!... ¡No!... ¡Tu maldita
lengua me pierde!

LA MEIGA

Retrocediendo, pero sin dejar de ser el ama del momento.

¡Porque al conde plugo
que le ofreciera ella una inaudita
prueba de amor!

BERMUDO

¿A tanto la maldita
ha dado pie?... ¿Y qué quiere él que haga?

LA MEIGA

¡Que te hiera ella misma con su daga!

Después de una pausa, como si aun estuviese viendo lo que relata.

¡Yo vi que la tomaba del enano!...
¡Yo vi, cual luz de sol deslumbradora,
arder su oro y sus piedras en su mano!...

BERMUDO

Mas no le servirá, ¡viven los cielos!

LA MEIGA

¡Y yo oí que el enano le decía:
—¡Albina, ten piedad!... ¡Mira que muere
tu amante y mi señor de amargos celos!

BERMUDO

¿Piedad á ella, loba carnicera?

LA MEIGA

¡Albina, si le amas, hiere... ¡hiere!...

BERMUDO

¿Y ella asintió?

LA MEIGA

¡Hoy mismo á ejecutarlo!...
¡Y Blasillo le dió, porque pudiera
sin peligro acabarte, una redoma
de un extraño licor, para mezclarlo
al vino que hoy te sirva!... ¡Quien lo toma
—si enantes, sabiamente,

cierto antídoto brujo no ha bebido,
preparado con hieles de paloma
y melazas de lengua de serpiente—,
por súbita modorra poseído,
en un profundo sueño se desploma!

BERMUDO

¿Dices que ha de ser hoy?

LA MEIGA

¡Lo convenido
entre los dos fué así!... Después vendría,
al caer de la tarde, el conde, loco
de amor de Albina, y de ella gozaría,
sin celos ya de ti..., que, poco á poco,
te irías enfriando
y rígido poniendo...

BERMUDO

¡No me sigas, demonio, condenando!

LA MEIGA

Pues márchome, hijo mío, si te ofendo...
Mas yo sé lo que hiciera
si en tu piel estuviera...

BERMUDO

¿Y qué hicieras?... ¡Responde!

LA MEIGA

¡La cosa es harto clara!...
Primero fingiría,
y de Albina la farsa seguiría
hasta aquel punto donde
ni la más leve duda me quedara...
Mas después, ¡vive Dios, que la matara!
Y también ¡vive Dios, matara al conde,
por la espalda, á traición, como él ha obrado!...

BERMUDO

¿No discurre otra cosa
más grande y más terrible esa cabeza?

LA MEIGA

No me parece poco lo mentado.

BERMUDO

Va exaltándose hasta acabar en una especie de aullido de lobo rabioso.

¡Yo quisiera algo nuevo!... ¡Una espantosa
venganza consonante á su vileza;

un dolor infinito, un cataclismo;
todas las llamas vivas del infierno;
todo el inmenso horror de aquel abismo;
algo supremo, inexpresable, eterno,
que raje, estire, descoyunte, apriete
ánima y cuerpo de los dos traidores!...
¡Si sabes dónde hay eso, dilo..., dilo!
¡Si piensas que no existe, vete..., vete!...

LA MEIGA

¡Que te amengüe Nuestro Amo esos dolores,
y te permita aparecer tranquilo
cuando ella torne!... ¡Sí, me voy; no vea
mi figura ella aquí, y éntre en recelo!...
¡Adiós, Bermudo, adiós!... ¡Guárdete el cielo!

BERMUDO

Caído sobre un taburete; en un marasmo doloroso.

¡Guárdeme Satanás!

LA MEIGA

Aparte.

¡Pues que así sea!

Sale jubilosamente y, de pronto, aun torna á hacer á Bermudo, por la espalda, un gesto infame.

ESCENA V

BERMUDO

Palpándose todo el cuerpo y golpeándose el pecho, como si quisiera despertarse.

¡Bermudo, arriba!... ¡Despierta!...
De tu horrible pesadilla
triunfará la maravilla
del sol, que bate en tu puerta!...
¡Sus, Bermudo! ¡Sus!... ¡Despierta!

. . . .

¡Pero esto, no; no es soñado!
¡Es mi vida que ha parido
un monstruo!... ¡La he poseído
tan mal, que este hijo me ha dado!...
¡No, esto no; no es soñado!

. . . .

¡Pero sí; es sueño!... ¡Es forzoso!...
¿Cómo traición tan artera,
tan vil..., ¡tan negra! cupiera
en un cuerpo tan hermoso?...
¡Y soñarlo me es forzoso!...

. . . .

¿Forzoso?... ¡No; que poder
tiene Dios de despertarme!...
¡Dios, no; no puede cegarme
cuando yo le pido ver!
¡O duermo, ó en Dios no hay poder!
. . . .
Mas ¿qué importa, ¡vive Dios!
no saber, á punto cierto,
si estoy dormido ó despierto
para matar á los dos?...
¿Me lo impide, acaso, Dios?
. . . .
¿Qué pude darte yo, Albina,
que no te he dado, responde?...
¿Y tamaña paga, Conde,
tu grandeza me destina?...
¡Conde! ¡Conde!... ¡Albina! ¡Albina!...

Hunde la cabeza entre las manos.

ESCENA ÚLTIMA

ALBINA y BERMUDO.

ALBINA

Oyendo, al entrar, á Bermudo que pronuncia su nombre.—Trae en el halda un rojo cargamento de madroños.

¿Qué, me llama mi Bermudo?

Se dirige á desocupar rápidamente los madroños en una fuente de barro.

Me retrasé, por mi mal,
recogiendo estos madroños
que la mesa alegrarán...

Acercándose á Bermudo, que no acaba de pasarse las manos por la frente.

¡Diga, mi marido, diga
lo que antojado se le ha,
que su mujercita aguarda
á toda su voluntad!

BERMUDO

Se levanta súbitamente, con ímpetu, á ofenderla; pero trunca la palabra, de la que sólo pronuncia la primera sílaba y enfrena el movimiento.

¡Mi...ss...! ¡Albina!

Aparte.

Sí; es preciso
la ira disimular.

Alto.

Te llamaba... ¡como en sueños
suele uno, á veces!

ALBINA

Desconcertada; sin poder reprimir su emoción.

¿Quizá
te has dormido?

Aparte.

¿Mi ocasión
dejaría malograr?

BERMUDO

Mirándola fijamente.

No; no dormí.

Aparte.

Se demuda
mentando mi sueño.

Alto.

Mas,
¿qué te importa, si durmiese?

ALBINA

Es que dicen que el nombrar

á uno en sueños, es quererle
mucho, ó... odiarle?

BERMUDO

Dicen tal...
¿Pero tú mereces "odio"?

ALBINA

Por eso fuera una gran
prueba de amor el llamarme
durmiendo.

BERMUDO

Con intención.

Acaso tendrás
otra más grande... ¡Y hoy mismo!

ALBINA

¿Hoy mismo?

BERMUDO

¿"Por dicha" hay
algo que "hoy mismo" lo impida?

ALBINA

¡Al contrario!... ¡Y ahora está
explicada la alegría
—ansias de reir y cantar—
que me llenó esta mañana!

BERMUDO

Aparte.

¡Traidora!

ALBINA

Pretendiendo echarle mimosamente los brazos el cuello.

Pero ahora vas
á decirme en qué consiste
tu regalo.

BERMUDO

Rechazándola.

¡No!

Aparte.

¡Cegar
me hiciera su cara!

Alto.

He dicho
sólo: "acaso".

ALBINA

¿Entonces hay
condiciones?

BERMUDO

Sí.

ALBINA

¡Me alegro!
Las cumpliré con afán.
¡Dilas!... ¡Dilas!

Junta las manos, curvándose graciosamente, con una candorosa gracia infantil, ante él.

BERMUDO

La primera:
que... me sirvas el yantar...
Vengo cansado y hambriento.

ALBINA

Corre al fogón y á la alacena, avivando el fuego, sacando los platos, previniendo el pan y los cubiletes de estaño, que va colocando sobre la mesa.

¿Qué mayor felicidad
que llenarlas, si son todas
como ésta?

BERMUDO

Sabe Dios.

ALBINA

¡Va,
por ahora, aconteciendo
cuanto me hubo de anunciar
la bruja!

BERMUDO

Aparte también; mirándola trajinar.

¡Quién me dijera
que hay tal podre en gracia tal!

ALBINA

Aportando una escudilla humeante.

¡Una pierna de venado
como ésta, puedes jurar
que ni el señor Rey la cata!...

BERMUDO

Trinchando el plato; irónicamente.

¡Ni... con apetito igual
al mío!

ALBINA

Con enternecida ingenuidad.

¡Tan desmayado
lo dices, que no es verdad
se creyera!...

BERMUDO

Mascando el bocado, que no puede atravesar.

¡Dame el agua!

ALBINA

Recordando la recomendación de la Meiga.

¡El agua, no!... Festejar,
si lo consientes, quisiera,
por de contado..., esa gran
alegría que me aguarda...

Saca una garrafa de la alacena.

Verás; voy á destapar
esta garrafa del vino
de nuestras bodas.

BERMUDO

Aparte.

No hay
duda... ¿Qué aguardas, Bermudo?...
¡Y como algo natural
lo dice y lo hace, la... hiena!

Ríe con una pavorecedora risa de demonio.

ALBINA

Deteniéndose, al mirarlo, en el momento de ir á llenarle el cubilete.

¿Qué risa de falsedad
es esa?...

Suplicante.

¡No, no te rías,
Bermudo, así; me haces mal!...

BERMUDO

¡Daca el vino!

Se lo deja escanciar; y, después, cuando va á llevarse el cubilete á los labios:

¿Y tú, no bebes?

ALBINA

Con un vago pavor, que él no se harta de leerle en el fondo de los ojos.

Aunque no comí, catar
puedo un sorbo...

BERMUDO

Retirando el cubilete, al que ella alarga la mano.

¡Tanto importa!
¡No es antojo!... Pero trái
los madroños que has cogido.

Toma un buche de vino, que se apresura á arrojar, en cuanto ella le da la espalda, para ir á buscar la fruta.

ALBINA

Dejando la dornaja de madroños sobre la mesa y ofreciéndole un puñado de ellos.

¡Son hermosos!

BERMUDO

No curando de los que ella le presenta, toma otros, y los mira, con el puño en alto.

¡De rapaz
me placían!

ALBINA

Recordándolo,
al bosque los fuí á cortar...

BERMUDO

Arrojando por tierra, de pronto, la fruta con un gesto de extravío.

¡No!... ¡No!... ¡Qué horror!

ALBINA

Sobrecogida.

¡Dasme miedo,
Bermudo!... ¿Siénteste mal?

BERMUDO

Alzándose de la mesa descompuestamente.

¡Son del color de la sangre!...
¡Sería como mascar
un coágulo!...

ALBINA

¡Qué delirio
más espantoso!

BERMUDO

Clavando en ella los ojos de mirada fría y penetrante como un acero.

Es verdad...
Delirio debe de ser...
¡Delirio sea; ojalá!...

Simula entonces que pierde tierra, y se apoya, tambaleante, en la mesa. Transición.

Mas, ¡qué pesadez tan grande!...
¡Qué modorra!... es singular...
¡Los párpados son de plomo!...

ALBINA

Se le acerca y le pone la mano en el hombro, en una ansiedad temerosa y dichosa.

¿Tienes sueño?

BERMUDO

Sí.

ALBINA

Verás:
en mi regazo á dormirte
voy... ¡tán bien!...

Aparte.

Todo tal cual
ella me anunció sucede.

Conduce á Bermudo hasta un taburetillo en el que le sienta, y aproximando otro más alto, lo ocupa ella, para que la cabeza de él repose en sus rodillas.

BERMUDO

Aparte, mientras se deja guiar.

¡Cristo y Judas!... Pero ¡guay
del traidor!

ALBINA

Acariciando la cabeza adorada.

¡Así!... ¡Soñarás
cerca de este corazón
que tanto te ama!...

BERMUDO

Reclinándose, como si comenzase á soñar.

¡Ja!... ¡ja!

ALBINA

Le contempla con una ternura sin límites. Después, le habla con una cristalina y lenta voz de pureza, en que se dijera que no hay nada que no sea alma.

Bermudo, mi cariño
tan puro para ti como lo es hoy
nunca lo fué... ¡Parécesme mi niño!...
¡que soy tu madre!... ¡que á acunarte voy!...

. . . .

La pobre madre mía
—¿por qué sentiré ganas de llorar
pensando en ella ahora?—me dormía
de niña, á mí también, con un cantar.
¡Si yo lo recordara!... Pensaría
que, al verme en tanta angustia, junto á mí
mi madre desde el cielo descendía
á serenarme... Aquel cantar decía...
—¿Cómo era, buen Señor?...—¡Ah, sí!... Era así:

—Sueños, sueños bellos
de amor, de grandeza,
de poder y de gloria, á la amada cabeza
venid y posad y... ¡haced nido! Cabellos
undosos,
rizados,
sedosos,
dorados,
como rayos solares hilados,
porque hagáislo más tibio y más bello tendréis...
¡Y cuando la bese mi boca de loca, besados
también por mi boca de loca vosotros seréis!...

....

Así mi dulce madre me dormía...
—¿Por qué sentiré ganas de llorar
recordándolo ahora?...—¿La alegría
inmensa del amor no está á rayar?...
¡Me tiembla el corazón!... ¿Qué no daría
por verlo ya amoroso despertar?

Tocándole suavemente un hombro.

¡Oye!... ¡Bermudo!... Duerme profundamente... Es hora de aventurarse... ¿Acaso obro mal?...

Saca el puñal del seno y se dispone á cortarle el mechón.

BERMUDO

Al ver brillar el arma sobre su cabeza, se coloca de un salto frente á ella, espumando su celoso furor.

¡Ah, traidora!

ALBINA

Sobrecogida por la sorpresa, se levanta, deja caer el puñal y balbucea.

¡Bermudo!

BERMUDO

Abalanzándose sobre ella, le tapa la boca con frenética violencia.

¡No; mi nombre en esa boca impura
se mancha, vive Cristo!

ALBINA

Sofocadamente, á través de los dedos de él, enclavijados sobre sus labios.

¡Ma... dre... mí... a!

BERMUDO

En un bramido.

¡Perjura!

ALBINA

Ahogándose; estertoreante.

¡Fa...vor!

BERMUDO

¡Dételo el conde... si puede!... ¡El conde!... ¡El conde!

Todo su cuerpo se crispa y se retuerce en una suprema risa dolorosa. El de Albina se dobla, de pronto, pesadamente, y él lo levanta y lo sacude en el aire, gritándole aún:

¡Contesta!... ¿Te ama... mucho?

Sus ojos, que saltan de las órbitas, interrogan, furiosos, á la cabeza del trágico pelele, que se escorza, lívida, entre los hombros levantados. Hay un instante de silencio en el que pasan años, toda una vida, de dolor. Bermudo siente como si le retorciesen el alma y se la des-

arraigasen de un tirón, súbitamente. Su voz se torna entonces metálica y resonante, tal que los gañidos de una fiera herida, en la noche.

¡Dios mío... no responde!

Después, mientras se curva con el cuerpo, cara contra cara, hasta tenderlo sobre la tierra, sus palabras son á modo de relámpagos de amor, de odio, de arrepentimiento, de perdón, de desesperación...

¡Albina!... ¡Albina... escucha!... ¡Perdóname!... ¡Oh, la indina ve mi llanto impasible!... ¡Albina!... ¡Albina!... ¡Albina!... ¡Infierno!... ¡Maldición!...

Arrodillado al lado del cadáver, se mesa los cabellos y se golpea fieramente la cabeza con el puño.

LA MEIGA

Apareciendo, erguida, triunfadora, espantosamente magnífica, en el vano de la puerta.

¡Ja-ja...! ¡ja-ja!... ¡ja-ja!

Su carcajada satánica se escucha aún después que ha caído el telón.

ACTO CUARTO

Otra vez la cocina aldeana. Bértolo acaba de recitar el romance, y un sobrenatural pavor sobrecoge y enmudece á todos. La emoción afila los perfiles de las mujeres, cuyos ojos quietos tienen un frío y metálico reflejo. Es como si aún estuviesen viendo, á lo lejos, cerrarse la fronda del boscaje detrás de la Meiga, que acaba de desaparecer lanzando su carcajada maldita.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA ANDREA, SABELA, TÍO BÉRTOLO, AMARO y MARI-JUANA.

TÍO BÉRTOLO

Lentamente, con voz emocionada.

Vuelvo á repetirlo: nunca topo á esta tía Dominga, que, sin procurarlo mismamente, no se

me venga súbito, á la memoria, aquella otra sin ventura, de quien oísteis la historia verídica... A fe; ¿no parecen las dos una misma?... ¡Y tanto, que hasta créome que fuí yo quien, de rapaz, me aventuré á llamarle la Meiga!... ¡Y quedóle el mote!... ¡Tan bien le sienta, como al buey viejo la mullida usada!

SEÑORA ANDREA

Sobreponiéndose á su emoción, con risa de burla.

¿Y no soñaria eso, tío Bértolo?

Transición á un tono contrito, después de una breve pausa.

¡Lo que debiéramos tener es redror grande de nos condenar condenándola!

SABELA

Desde el quicio de la puerta del fondo, en donde escuchó la relación, con helada voz condenadora.

Si yo mandara... ¡ni aun había de ser ésta la postrera noche que aquí aposase!

AMARO

Encarándose decididamente. con Sabela.

¡Mas tú mandas, mujer, cual mando yo!... ¡cual manda mi madre!

Clava en ésta sus ojos interrogadores y llenos de reproches.

SEÑORA ANDREA

Sosteniendo la mirada del hijo.

¡Mas ella no mandará que se yerga la hermana, para echarla al desamparo y á la frialdad de la noche y de la lluvia, y al hambre de los lobos!

SABELA

Amargada y mortificante.

¡No; ya sabe que no mandaré eso, ni ninguna otra cosa!..: Que yo no he de poder abrir nunca la boca, como no sea para decirme á mí misma, como se les dice á los burros muy cargados: —¡Arre!... ¡arre!... ¡Y así voy yo, anda, anda!

Se mete, impetuosa, en el cuarto del hijo.

ESCENA II

Dichos, menos SABELA.

SEÑORA ANDREA

Herida en lo vivo, se revuelve rápidamente.

¿Usted oye, señor Bértolo?... ¿Usted oye?... ¡Si levantara el Mingos la cabeza!... ¡Como si fuera yo sola á querer gobernar la casa á mi libre capricho!

AMARO

¡No me condene más, mi madre, con sus aspavientos, que harto condenado soy por este castigo negro!

Se dobla sobre el escaño con la cabeza entre las manos.

SEÑORA ANDREA

¡No nos condene á todos tu mujer, cuyas fueron las insidias!... ¡Ay, señor Bértolo! ¡Si levantara aquel cuitado la cabeza!...

TÍO BÉRTOLO

¡Haya paz!... ¡Haya paz! ¿O es que buscáis darle por el gusto, también con ello, al enemigo?... ¡No hay para sembrar disensiones en las familias, como la torcida querencia de una voluntad dañada!...

SEÑORA ANDREA

Moviendo tristemente la cabeza.

¡Quereres los del marido, tío Bértolo!... ¿Qué importan en su comparanza aun los de los propios hijos?... Mas, ¿cómo tendré el sentido, que hasta olvidado me había esta noche de su triste ánima?...

Mientras saca el rosario de la faltriquera; á Mari-Juana.

Ya puedes arrimar el pote... y pelar las patatas... Fritas con longaniza, ha de cenarlas tu amo.

Se santigua y se pone á rezar.

AMARO

Levantándose y dirigiéndose al interior.

¡No; yo no tengo voluntad!... ¡Que para mí no

preparen nada!... ¡Abóndame este amargo bocado que no puedc pasar!

Entra en el cuarto.

TÍO BÉRTOLO

A Amaro, en el momento en que éste sale.

¡Mira que hay que hacer por la Vida, que la Muerte ya se encargará de hacer por nosotros!

ESCENA III

Dichos, menos AMARO.

MARI-JUANA

Viendo estoy que también esta noche he de ayunar el traspaso.

TÍO BÉRTOLO

¿Tú?... ¿Y á santo de qué?

MARI-JUANA

Decidiéndose á hablar, al ver que la señora Andrea cabecea, rendida por el sueño.

Al de la soldada que gano... Quienes comemos el pan ajeno, ajenas malaventuras, también, hemos de llorar... No sería bien que por mí sólo se preparase la cena...

TÍO BÉRTOLO

¡Pues vaya que sí, mujer! ¡Eso fuera bueno en otra casa que no en ésta!... ¿Usted no oye á Mari-Juana, señora Andrea?

SEÑORA ANDREA

Alzando sobresaltada la cabeza, creyendo que sigue comentándose el romance.

¡Sí!... ¡Oigo!... ¡Oigo!... Mas ya sabe que no curo yo de brujerías...

TÍO BÉRTOLO

Regocijadamente.

¡Ja, ja, ja! ¡No tratábamos ahora de eso, sino de la cena de Mari-Juana!

MARI-JUANA

¡No, señora!... ¡Yo tampoco siento voluntades!...

TÍO BÉRTOLO

¡Mentiras, no, rapaza; mentiras no las tolero!... ¡Di que cenarías de gana!...

SEÑORA ANDREA

¡Díjele ya que arrimase el pote y que pelase las patatas!...

Vuelve á bisbisear y pasar el rosario.

ESCENA IV

Dichos y el SEÑOR SILVESTRE; después AMARO y SABELA.

SEÑOR SILVESTRE

Entra sin llamar, por la puerta del camino, sacudiendo el viejo impermeable.

¡Hola, señora Andrea!... ¡Que muy buenas noches le depare Dios, y más á la compaña!

TÍO BÉRTOLO

¡Y á tí con nós!...

MARI-JUANA

¡Amén!

SEÑORA ANDREA

¡Hola, Silvestre!... ¡Que el Señor venga contigo!... ¡Harto hace que te esperábamos!

SEÑOR SILVESTRE

¿Conque, por lo visto, no halló mejoría la criatura?...

AMARO

Saliendo por el fondo, seguido de Sabela, que se queda otra vez en el umbral.

¡Si la hallara, no anduviera yo todo el día, desastrado, por esos condenados caminos, en su procura!

SEÑOR SILVESTRE

¡Consuélate, que no eres tu solo, hom!... ¡No parece sino que, á par del agua, que cae á

cántaros, llueven las calamidades ahora encima de los animales y más de las personas!... ¡Catorce visitas, con ésta, tuve que hacer hoy!... No sé cómo tiene piernas la "Portuguesa", la yegua...

Volviéndose á Mari-Juana.

¡Oye, rapaza: dale un pienso á la yegua, que está ahí atada, debajo del tinglado!...

Otra vez á Amaro.

¡Y milagro será que no me vengan á levantar de cama á las altas horas!... ¡Mas perderán el tiempo!...

SEÑORA ANDREA

A Mari-Juana, que toma una taza del alzadero.

¡Llévale del maíz del arca grande del sobrado, que es viejo y no le dará muermo al pobre animal!

Sale Mari-Juana por la puerta del fondo y torna, poco después, con una taza de grano de maíz, que llevará á la yegua, saliendo por la puerta del camino.

AMARO

¿Quiere, entonces, ver al pequeño?

SEÑOR SILVESTRE

¡Aguarda, hom, aguarda!... ¡Déjame siquiera tomar un respiro!... Y luego ¿no hay una gotita de la cuba grande?... En noches como ésta, la calor ha de llevarse por dentro...

AMARO

A Sabela.

Saca vino y un poco de queso... ó mejor, una longaniza.

Sabela va á buscar lo mandado á la alacena.

SEÑOR SILVESTRE

¡Basta con el queso, si es mantecoso!

SEÑORA ANDREA

¡Nata parece!... Comprado fué en Monterroso no hace ocho días...

SEÑOR SILVESTRE

Sentándose un momento, se descubre y limpia la frente con el gran pañolón de hierbas.

¡Pues, como digo, trabajo no falta, á Dios gracias! ¡Y más peste de salud puede que hubiera

si no fuesen los facultativos con título, que se empeñan en acabar con ella!... Finé de convencerme hoy en Costa de Monte, adonde fuí á ver, con perdón, los puercos del Cirolas, y más á la parienta del Florencio el Carantoña... Pasa de cuatro meses que se duele del estómago, y nada le hizo el facultativo de Ourantes, que trabajó con ella... ¡Y eso que nunca vi cosa más fácil que sanarla!... ¡Con las unturas que yo le dispuse andará como unas Pascuas antes de tres días!... ¡Hánse de convencer todos, que cuanta enfermedad hay, toda tiene cerca de sí la medicina!... ¡No se ha de buscar el remedio en la botica; mas allí mismo donde mora el adolecido!... Remedios caseños que nos deprendió la buena experiencia, y el tener caletre para saberlo considerar...

Toma un bocado del queso y del pan que le ofrece Sabela en un plato.

TÍO BÉRTOLO

Grave y sentenciudamente.

Abundo en lo mismo... Mas casos hay, Silvestre, á que ni todo el saber de la cristiandad puede ofrecer un consuelo... ¡No quisiera hablar mal; pero éste de los hijos del Amaro!...

AMARO

¡No me acabe de quemar la sangre con sus agüeros, tío Bértolo!

SEÑOR SILVESTRE

Levantando hasta la altura de los ojos el vaso de vino, que le llenó Sabela.

¡Buena cubierta!... ¡Y trasciende á gloria!... No es mejor que éste el que me dió el Carantoña... Ni siquiera el del hidalgo del Formigueiro, que tiene la sobrina con la paletilla caída, ¡y más aún no me mandó recado!... ¡Pero también acabará por hocicar!

Bebe.

SABELA

¡Que aproveche!

SEÑOR SILVESTRE

Limpiando la boca con el dorso de la mano.

¡Gracias, mujer, gracias!... Pero, ¿qué decía usted, tío Bértolo, tocante al rapaz?

TÍO BÉRTOLO

Que, para mí, todo es obra de algún oculto y negro poder.

SEÑORA ANDREA

¡Ay, Jesús; siempre con la misma idea, sin pies ni cabeza!

SEÑOR SILVESTRE

Con un gesto reservado, velando ante todo por el prestigio de la ciencia.

Diréles... diréles... Ya eso mismo veníaseme á mí ofreciendo, de camino, desde que diéronme la voz en Fontefría de venir por acá... Porque la verdad no tiene más que una senda... Y, lo que yo digo: ¡Si la dolencia es natural, ya el rapaz sanara á estas horas! ¡Los medicamentos que le receté no podían fallar!... Porque, vamos á ver:

Encarándose con Sabela.

¿Tú dístele las friegas que dije?

Sabela hace un gesto afirmativo.

¿Y aplicástele las cataplasmas?

Otra inclinación de cabeza de la madre.

¿Y, al no serle eso de salud, acudiríais con el cal-

do de la camisa de víbora, y más con el cocimiento de las hierbas de San Juan?...

SABELA

¡Y con las píldoras de telas de araña!... ¡Y hasta con la leche de burra primeriza, hervida con orégano y aguardiente de trece años, en un jarro sin estrenar!... ¡Todo por sus tiempos!

SEÑOR SILVESTRE

Que la oye, con los ojos bajos, moviendo la cabeza acompasadamente.

¡Veislo!... ¡Veislo!... ¡Pues nada de eso podía fallar, así Dios me salve!... ¡No hay engurrumitis, ni tangaraño, ni paralísis, ni tos, ni calentura, ni alferecía... ¡ni, aun la rabia misma, que se resistan!... ¡Hay que ir pensando en otorgarle al tío Bértolo la razón!

TÍO BÉRTOLO

Reventando de vanidad.

¡Veislo!... ¡Veislo!

SEÑOR SILVESTRE

Levantándose.

Pero estudiemos la criatura, para apreciarlo todo, punto por punto...

AMARO

A Sabela.

¡El candil!

SEÑORA ANDREA

A Silvestre, que se para en la puerta del cuarto, dejando pasar delante á Sabela con la luz.

¡Dicen que yo mando, sóla, en esta casa, Silvestre!... Pero si yo mandara, aunque otras cosas puede que sí, lo que es las píldoras de telas de araña, y más la leche con aguardiente, no se las diera al nieto... ¡No, no se las diera!... ¡Yo créome que, desde que las tomó, es desde que va á peor!

SEÑOR SILVESTRE

Entrando en el cuarto.

¡Y, cabalmente, es lo de mayor virtud!

Llevándose el índice al entrecejo y en seguida al ojo derecho, mientras cambia una sonrisa con Bértolo.

¡Lo que hace el no tener de aquí... y de aquí!

Entra en el cuarto.

ESCENA V

SEÑORA ANDREA, BÉRTOLO y MARI-JUANA.

SEÑORA ANDREA

Poco fío yo en su saber... Si por mí fuera... ¡si yo mandara!... habíase de ir á la fuente limpia del médico, que, después de Dios, es quien había de darle algún alivio.

Torna á sus rezos adormilados.

TÍO BÉRTOLO

En este caso, sólo á Dios... ¡sólo á Dios se ha de requerir!... ¡Empecatadas voluntades hay por

medio; no lo ponga en duda! ¡Santos rescriptos, y oraciones compuestas para ello, como las que mercó en la feria de Amoeiro la Agustina de Fondoval; y sanó con ellas su padre!... ¡Y no admitir á la Meiga á posar en la casa! ¡Eso sobre todo!

SEÑORA ANDREA

Cortando el hilo de una oración; medio vencida otra vez por el sueño.

¡Triste, señora Dominga; qué tema grande le tomó!

TÍO BÉRTOLO

¡Para mí es la misma... la misma del romance!

MARI-JUANA

Que trajina en el fondo de la cocina, desde que volvió de acomodar la yegua.

¿Mas aquélla, al cabo, no era bruja de verdad, señor Bértolo?

TÍO BÉRTOLO

¡No lo era entonces; pero debió hacerse des-

pués, que á ello tiraba su malicia!... ¡A mí no hay quien me saque de la cabeza que es ésta misma!

MARI-JUANA

¡San Silvestre nos acorra!

ESCENA VI

Dichos y SILVESTRE, AMARO y SABELA.

SEÑOR SILVESTRE

Que sale el primero de la habitación del chiquillo y oye la exclamación de Mari-Juana.

¡Bien haces en invocar á mi santo patrono; que gran arma es contra los espíritus malos, cuando se encierran en las personas!... ¡Que casi me voy certificando de que es suya toda la razón, tío Bértolo!

TÍO BÉRTOLO

Con duplicado regocijo.

¿No lo dije?... ¿No lo dije?

AMARO

Sombríamente.

Si tal fuera, de cierto... ¡por el ánima de mi padre, que lo que yo hiciera había de ser sonado!

SEÑORA ANDREA

Despabilándose.

¡Milagro que no cometáis desafuero!

SEÑOR SILVESTRE

Doctoralmente, extendiendo los brazos.

¡Calma!... ¡Calma!... Aún quedan por experimentar dos últimas recetas... Mas si ellas fallan...

—que créome que no fallarán..., ¡que nunca me tienen fallado!—entonces no resta otro remedio que... ¡hacer desconjurar la casa!... ¡Estoy con el señor Bértolo!

TÍO BÉRTOLO

¡Por ahí, por ahí debieron comenzar!... ¡Era lo derecho!

SEÑOR SILVESTRE

Pasándose la diestra por el colodrillo, como si recordase arduamente alguna cosa.

¡Si topásemos unos grillos!... Mas ahora, con esta invernía...

MARI-JUANA

Alegre de poder dar la fausta noticia.

¡Háilos, háilos en el horno del señor Santos!... ¡Óyense cantar sin tregua!

SEÑOR SILVESTRE

Cierto; háilos en los hornos... ¡Si pudierais haceros siquiera con un par de ellos!...

MARI-JUANA

¡De contado están aquí!... ¡Sacarálos el Juanciño, el hijo del señor Santos, de entre las piedras, que á las veces diviértese en ello!

AMARO

¡Volando!... ¡Ya estás aquí!... ¡Y si él no los procura, iré yo, y... ¡aunque tenga de tirar el horno!

Sale corriendo Mari-Juana.

SEÑOR SILVESTRE

Habéislos de freir con enjundia de gallina, y darle con aquel aceite unas buenas friegas por la espalda... ¡Será cosa acabada!

SABELA

¡Nuestro Señor le oiga!

SEÑOR SILVESTRE

Sacando de las honduras de su chaquetón, bajo el destrozado impermeable, un envoltorio de papel de estraza.

Y, en tanto no llegan los grillos, hacedle un cocimiento con estas hierbas... Yo mismo las arranqué, de noche, en lugares yermos, que sólo yo conozco, y al ponerse el creciente de la luna...

A Sabela.

Dale el cocimiento en seguida. ¡Tiene de sudar á mares!... Verás cómo va á mejor.

SABELA

¡No sé cómo le hemos de pagar!

SEÑORA ANDREA

Que se debate encarnizadamente con el sueño.

¡Nuestra Señora del Medo es quien hará el

milagro!... ¡Y hémoslo de hacer pintar en una tabla!

SEÑOR SILVESTRE

Recobrando su tono socarrón. A Sabela.

¡Je, je, je!... ¡Ya hablaremos de eso, mujer, cuando el rapaz corra!... ¡Y ahora dame otra gotita!... ¡la espuela! ¡Je, je, je!...

AMARO

Sirviendo el vino á Silvestre dice á Bértolo.

¿Y usted, no quiso probarlo?

TÍO BÉRTOLO

Privaríame la voluntad de la cena... ¡Y ya estarán aguardándome!...

Se levanta y se emboza en su capa.

Vaya, Silvestre, voime contigo... Llevaré compaña hasta mi casa...

SEÑOR SILVESTRE

Vámonos luego... ¡Adiós, señora Andrea! ¡Que se conserve tan famosa como representa!

SEÑORA ANDREA

Haciendo un gesto gracioso para abrir bien los ojos; riendo.

¡Eso pido al Señor... para no caer en tus pecadoras manos! ¡Je, je, je!...

SEÑOR SILVESTRE

Correspondiendo á la risa.

¡Eso también yo, por de contado, le deseo!...

Volviéndose á Amaro y Andrea.

¡Y vosotros, ya lo sabéis: A Dios rogando y con el mazo dando!

Bértolo, que se ha adelantado, abre la puerta y entra una gran corriente de viento.

... ¡Huy qué viento traidor!

TÍO BÉRTOLO

Al salir.

¡Dar con el mazo, quiere decir, para vosotros, no tener á la Meiga á posar en casa!... ¡Es lo mismo que meter al lobo en la cuadra!...

SEÑOR SILVESTRE

¡Digo lo mismo!... ¡Digo lo mismo!...

Se emboza en la bufanda.

¡Retiraros, que anda la pulmonía suelta por los aires!...

Sale.

SABELA

¡Adiós!

SEÑOR SILVESTRE

¡Adiós!

AMARO

¡Adiós!

ESCENA ÚLTIMA (1)

AMARO

Después de una larga pausa.

¡Hay que hacer el cocimiento de seguida!

SABELA

Con voz lenta y descorazonada.

¡Sí, hay que hacerlo!

SEÑORA ANDREA

¡Si no le llenarais el cuerpo de porquerías, mejor fuera!

AMARO

¡Déjenos, mi madre, con nuestra ideal... ¡Es nuestro hijo!

(1) Toda esta escena ha de hacerse con una gran lentitud. La emoción ha de surgir en ella, más del gesto y de la propia emoción de los actores, que de las frases, que el autor quisiera aún más cortas y corrosivas, tal que si fuesen alcaloides de las tempestuosas almas.

SEÑORA ANDREA

¡Dos veces lo es mío también!... ¡El Señor le valga!

Se santigua y continúa rezando.

SABELA

Que habrá arrimado un pote al fuego y echado agua en él, desenvuelve el papelón de las hierbas y se queda indecisa.

¡No dijo la cantidad que habíamos de cocer!

AMARO

¡Cuécelo... todo!

SABELA

Echando el contenido del papel en el pote.

Mucho tarda ya la Mari-Juana.

AMARO

Voy á llegarme yo al horno... ¡Tornaré en un vuelo!

SABELA

Aguarda un poco... ¡No me dejes sola con él!... Darémosle primero el cocimiento!

AMARO

¡Queda mi madre!

SABELA

Revolviéndose y señalando á la señora Andrea, que se ha dormido profundamente, con la cabeza sobre el pecho.

¡Bien le presta!... ¡En llegando esta hora, es sabido, no se cuenta con ella para nada!

AMARO

¡Cuitada!... ¡Es el único consuelo que le queda!

SABELA

¡Para mí lo quisiera!

AMARO

¡Es mi madre, Sabela!... ¡Por ella soy yo lo que soy!... ¡Como nosotros cuidamos al pequeño, así ella me cuidó!

SABELA

¡También si no fuera por eso!...

AMARO

Que se ha ido acercando á la puerta del cuarto del hijo, aplica el oído y escucha angustiosamente.

¡Chist!... ¡No se le oye resollar!... ¡No resuella!... ¡Ya no resuella, Sabela!

SABELA

Alzándose de un brinco, en un ahogo.

¡Santo Cristo nos ampare!... ¿Tú qué dices?

AMARO

Con las manos en la cabeza.

¡Tengo pavor de entrar y toparlo muerto!

SABELA

Lanzándose al interior.

¡Hijo mío!

AMARO

Angustiosamente, desde la puerta.

¿Cómo está, Sabela?

SABELA

Dentro; con acento de infinita angustia.

¡Mi hijiño!... ¡Mi hijiño!

Se la oye sollozar y dar unos besos furiosos.

AMARO

¡Santo Dios!... ¿Cómo... cómo está?

SABELA

Saliendo desmelenada, trágica.

¡Creo que se nos va á morir!...

Transición; después de un largo silencio en que se le ocurre la idea terrible. Con una extraña voz de imperio y relámpagos en los ojos.

¡Amaro!... ¡Si aun fuese tiempo de valerle!... ¡Yo pienso que aun es tiempo, Amaro!... ¡Atrévete!

AMARO

Con una rara voz irresoluta.

¿A valerle, Sabela?

SABELA

¡Sí; á valerle, Amaro!... ¡Si fuese "ella"... esa mala mujer!... ¡El señor Bértolo dice que es ella... que es la misma del negro romance!

AMARO

Espumando una rabia desesperada.

¿La Meiga?... ¡Ay!... ¡Si fuese...!

Hace un ademán de retorcer algo en el aire.

SABELA

¡Todos enfermaron luego que ella vino por aquí!... ¡Hay que valerle á éste, Amaro!... ¡A nuestro hijo!

Llora.

AMARO

Fuera de sí.

¡Sí!... ¡Sí!... ¡Valdrémosle!

SABELA

Separa las manos del rostro y lo mira fijamente, al través del cristal de los ojos cuajados de lágrimas; después, señalando el cuarto del hijo.

¡Aun le queda un soplo de vida!... ¡Está á debatirse con la muerte, el pobriño!

AMARO

Con una ironía de loco furioso.

¡Y ella durmiendo al calor de nuestro pajar!

SABELA

Insinuante. Con huecas y convencidas palabras.

¡No dormirá!... ¡Estará en vela..., aguardando!

AMARO

Dirigiéndose hacia la puerta que lleva al pajar.

¡Sí!... ¡Estará despierta... pero yo la haré dormir... de una vez!

SABELA

Empujándolo.

¡Por le valer al nuestro hijo, Amaro!... ¡Dale!... ¡Dale, Amaro!...

AMARO

Saliendo con inciertos pasos como si caminase soñando.

¡Sí!... ¡Sí!... ¡Yo le valdré!... ¡yo!... ¡Su padre!

Sale.

SABELA

Queda apoyada al quicio de la puerta, con el cuello estirado, inmóvil, escuchando. Hace ya un momento que salió Amaro y aun dice con voz estrangulada:

¡Dale!... ¡Dale, Amaro!...

En el silencio profundo, que es como una cosa negra, lle-

nando la escena, se escucha el lejano chillido de terror y de muerte... Sabela se hace atrás, hiriendo la tierra con el pie; su risa es una mueca espantosa de gozo. Después, cuando vuelve Amaro, con el cabello de punta, y, en la cara lívida, ardiéndole los ojos como brasas, ella se abalanza á el, preguntándole:

¿Dístele bien?...

AMARO

Extendiendo los brazos, como si apartase sombras.

¡Estaba en vela!... ¡Mas ya duerme!... ¡ya duerme!... ¡y en sitio donde nunca ha de hacer ya ningún mal!...

SEÑORA ANDREA

Despiértase en este momento y monda la garganta. Amaro y Sabela, medio abrazados, al sentirla, se repliegan temerosamente hacia el fondo. La

abuela pasea en derredor la mirada y exclama con piadosa voz enternecida:

¡Vaya que tarda la Mari-Juana!... ¡Y yo que quería que le llevase la leche, al pajar, á la señora Dominga!... ¡La pobre... ha de tener tánto frío!...

CAE RÁPIDAMENTE EL TELÓN

ADENDA ET CORRIGENDA

a ia	Línea	Dice	Debe decir
	4	y es como el badajo...	y es como badajo...
	8	¡Reíd!... ¡Gozad!... Con vuestra...	¡Reíd!... ¡Gozad!... ¡Reíd!... Con vuestra...
	3	¡Tú no, Bermudo!	¡No! ¡No!... ¡Tú no, Bermudo!
	17	¡Sí!	¡Sí!... ¡Suelta!
	7	¡Viváis cien años!	¡Que viváis cien años!

Esta obra estrenóse primeramente en el Teatro Rosalía de Castro, *de La Coruña, la clara y alegre ciudad gallega que es tan amada del autor, por la compañía de Francisco Rodrigo, la noche del 31 de Diciembre de 1917.*

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO, EN
LA IMPRENTA DE J. PUEYO, EL DÍA
XII DE ABRIL DE MCMXVIII, Á LOS
SIETE AÑOS, UN MES Y SIETE
DÍAS DE LA MUERTE
DE MI MADRE



Imp. Juan Pueyo.—Madrid.